

Juan Abreu Diosa

Para Marta, otra vez

Mi primera entrevista con la señora Laura Valero tuvo lugar en el verano de 2004. ¿Por qué yo? Eludió, no sin elegancia, contestar a esa pregunta. El manuscrito que puso a mi disposición tuvo que ser completamente reescrito (razón de mi firma); pero el producto final conserva su esencia, su feroz candor. Los acontecimientos que narro se ajustan fielmente a la experiencia contada por Laura en sus apuntes y de viva voz.

La señora Valero leyó mi versión de sus notas y se mostró satisfecha, y hasta feliz, del resultado. He jurado guardar el secreto de su identidad y, obviamente, honraré la palabra dada a tan exquisita dama. Conocerla fue un honor que atesoro. Siempre he pensado que Barcelona es una ciudad fascinante; tras saber de la aventura protagonizada por la heroína de esta historia, debo reconocer que es infinitamente más fascinante de lo que yo pensaba.

J.A.

estaría Al decir depravación, ¿no se
refiriendo a la ternura?

Osamu Dazai

Laura



Me llamo Laura Valero y tengo el coño peludo. Digo esto con total candidez. Como podría decir: tengo los ojos verdes, o mis piernas son largas y fuertes. O soy muy inteligente. ¿Por qué no estar orgullosas de la cantidad de vello de nuestro pubis? En caso, claro, de que nos resulte placentera esta particularidad. Yo estoy muy orgullosa de la exuberancia capilar de mi entrepierna. ¿Por qué no puedo usarla como carta de presentación?

¡Qué mullida y frondosa! Es una selva en la que perderse. Hundo la mano en ella y me siento como un gran explorador... David Livingston, Alexander von Humboldt. O, mejor, como una gran exploradora... Isabella Bird Bishop, Lady Florence Baker.

Me gusta mi coño; quiero decir su dibujo, su protuberancia un tanto agresiva, su aspecto de cefalópodo agazapado. Y mis pechos. Y mis nalgas.

¿Por qué no decirlo?

Todo lo referente a mi cuerpo y a la sexualidad de mi cuerpo me parece ahora natural.

Y así lo digo, naturalmente. No hay nada que ocultar.

No sé qué es la vida para ti, querida lectora, querido lector, pero para mí es algo que se mastica y se abraza, que se vive con el alma, sí, pero también, y fundamentalmente, con la piel, los huesos y las entrañas.

La vida es algo que nos dice: ¡atrévete!

Lo aprendí de mi Maestro.

Meses atrás yo era diferente. De eso trata esta historia.

Lo antes dicho no significa que sea procaz ni promiscua. Más bien soy tímida, de espíritu y costumbres moderadas. Posiblemente me he acostado con menos hombres, y por supuesto con menos mujeres, que la mayoría de las lectoras de este libro. ¡Bravo por ellas! El número de mis compañeros sexuales no es mayor porque me

enamoré, y Rodrigo y yo odiamos la infidelidad.

No lo interpreten mal. No es que seamos mojigatos o convencionales. Tenemos un lema: *juntos todo, separados nada*. Si en un futuro decidimos hacer el amor con otros hombres o mujeres, y espero que suceda, lo compartiremos. Será una experiencia común, sin engaños.

Todas las posibilidades están abiertas, dentro de nuestro amor.

Confío en que no se alarmen; he decidido contar mi aventura con absoluta franqueza. Cuando necesite decir coño, polla, follar, lo diré. Como si hablara con una amiga. Será una muestra de confianza. Quiero que me vean como soy. Si lo consigo estaré satisfecha; aunque decidan abandonar la lectura en la primera página.

Tengo cuarenta años. Soy una mujer hermosa, no en el sentido de las revistas de moda (que, en mi modesta opinión, parecen catálogos de ranas disecadas), pero hermosa. O al menos siempre he creído que lo soy, que es lo mismo, y más importante, que serlo.

Poseo una copiosa cabellera negra, el coño peludo, como ya he dicho, ojos grandes y una boca carnosa, de impronta infantil, que despierta la atención de los hombres.

Y una presencia resuelta.

Mi cuerpo es sólido, uno de esos cuerpos macizos, de huesos bien cubiertos, que da gusto amasar y que soportan a pie firme una buena sacudida; mi piel es tersa, y tengo un culo alto y abundante. Siempre me he sentido apetecible y no he sufrido los traumas tan comunes (al menos entre mis amigas y sospecho que entre muchas mujeres) acerca de si los hombres piensan que «están buenas» y querrían follárselas. Cosa que las angustia y deprime, digan lo que digan de dientes hacia fuera.

Todas las mujeres deseamos ser amadas y apreciadas físicamente; todas deseamos ser gozadas y disfrutadas.

Otra cosa sería insana. Y antinatural.

Sé que es así: me parece excelente.

Muchos hombres han querido follarme. Y algunos, por suerte para ellos y para mí, lo han conseguido. A mi edad, pienso que me gustaría que la cantidad fuera mayor. Pero no ha estado mal. No llegaré a vieja recriminándome... ¿por qué no habré hecho esto, por qué no habré hecho aquello? Suspirando por lo que pudo ser y no fue.

Por otra parte, la suma aún no está cerrada.

Estas andanzas, de las que conservo agradables recuerdos, ocurrieron en mi adolescencia y primera juventud. Estoy felizmente casada desde hace quince años. Amo a mi marido entrañablemente y

jamás hubiera emprendido la aventura que narro si no me sintiera protegida y apoyada por su amor, que es como una cápsula mágica. Amor que hace posible la comprensión, pase lo que pase; ya sea que me convierta en el ser más vulnerable del planeta, o en el más osado, desinhibido y salvaje.

Comprensión, amor y admiración: por lo que soy, por atreverme a serlo.

Fuera de nuestra pasión nada de lo que aquí refiero habría ocurrido. Todo lo que cuento sucedió tal y como se narra; he querido ofrecer una visión lo más exacta y real posible de mi relación con Maestro Yuko, de mi ascensión a los misteriosos paraísos de la entrega, del abandono y, sí, de la sumisión. Del amor, a fin de cuentas, que a veces escoge para manifestarse extraños caminos.

Soy una mujer independiente, una profesional respetada, segura de mí misma. Y una esposa feliz, de vida tranquila y apacible, con la que se habrán tropezado cualquier sábado al mediodía en el mercado de la Boquería (ante «Fruits del Bosc de Petras», mi tienda favorita); o vislumbrado curioseando entre los libros de La Central del Raval; o compartido fila una noche en el cine Renoir de la calle Floridablanca para ver la última de Woody Alien en versión original.

Rodrigo no resiste las películas dobladas. Sobre todo si son de Woody Alien.

Lo que pretendo decirles es que se puede ser una persona absolutamente normal, en el sentido convencional del término, trabajar en una oficina, tener responsabilidades profesionales, cuidar de un hogar, y vivir experiencias como las que aquí describo.

Experiencias que, vistas de manera superficial, parecen incompatibles con lo que la sociedad, atrincherada en sus arcaicos conceptos sobre moralidad y buenas costumbres, define como «normalidad».

Adoro los peces. Hay una gran pecera en nuestro dormitorio: hogar de cuatro carpas doradas. *Yuko* (bautizada así en honor a mi Maestro), la más bella y enigmática; *Mozart* (esbelta como una cantata), *Abolengo* (algo pretenciosa, sí, pero adorable) y *Tracy Lord* (que debe su nombre a una estrella de cine porno de rostro angelical e impresionante delantera de la que mi marido es entregado admirador).

Tengo la costumbre de buscar parecido entre los peces y la gente que conozco. A menudo lo hallo. El director general de mi empresa, por ejemplo, tiene cara de limpiapederas. Rodrigo es un esbelto peleador. Mi hermana Andrea, un petulante goldfish.

Soy vegetariana, aunque de tarde en tarde cedo a la tentación y devoro un enorme filete sanguinolento. La llamada de la horda, el

oscuro deseo de devorar y ser devorada. Los fines de semana paso horas en la bañera. Cuando salgo del agua, dedico un buen rato a examinarme el coño en un pequeño espejo. ¡La jungla! Me chiflan las alcachofas. Esquiar. Detenerme a escuchar a los músicos callejeros apostados detrás de la catedral, en la calle de Santa Llúcia. Las películas de Ozu. Groucho, Dreyer, Visconti. Los ciclos dedicados al cine japonés en la Filmoteca. Ir de vacaciones a parajes exóticos. Las rebajas de El Corte Inglés. Tardes de lluvia en el Verdi, calles vacías de agosto. Las estatuas humanas, el canto de un gallo, el estallido de las flores, el agua de una fuente centenaria, la pegajosa mirada de un escultórico vikingo en las Ramblas. Espinaca fresca. Tomates de Montserrat con mozzarella. Vinagreta de frutos secos, orégano, perejil y romero. La negrísima piel de unos africanos enormes, deliciosos, en el parque de la Ciutadella. Vagar entre torres de libros en la FNAC, diluirme en el gentío del Paseo de Gracia, beberme un cortado descafeinado de sobre, con sacarina, en la cafetería de la estupenda librería Laie.

En noches de invierno, adoro hacer el amor junto a la chimenea (cursi, sí, pero real). El cuerpo de Rodrigo, teñido por las llamas, se torna aún más enigmático y comestible.

Ya a estas alturas de mis confidencias, debo decir, en honor a la sinceridad, que mi nombre no es Laura Valero. Oculto el verdadero no por temor a asumir públicamente cómo soy y cómo vivo mi vida, sino porque hay gente muy importante para mí que tal vez no lo entendería.

Mi aventura, jornada introspectiva, viaje emprendido hacia el centro de mi ser... ¿cómo llamarlo?, no ha sido fácil. Ni ha sido acometido a la ligera. Eso lo puedo asegurar sin el menor asomo de duda. Hubo momentos en que quise abandonar. Pero el deseo de conocerme y la visión de un abismo, no tenebroso, sino de luz, sirvieron de acicate para seguir adelante. Un abismo en el que, paradójicamente, cuanto más descendía, más pureza e inocencia alcanzaba. Es difícil de explicar, pero lo intentaré: a cada tramo superado, pasada la sacudida, era como si las enormes, cálidas manos de un dios moldearan mi ser reblandecido y sediento y lo mejoraran, preparándolo para la próxima etapa.

Habrà momentos (quiero hablar aquí especialmente a las mujeres que en estos instantes se hallan inmersas en un viaje semejante al mío, o lo emprenderán en alguna etapa de sus vidas; y lo mismo vale para los hombres) en que nos sentiremos desgraciadas, habrá momentos en que sentiremos asco de nosotras mismas, en que el placer será insondable y pavoroso, momentos en que alcanzaremos un nivel de integridad que nos asustará; habrá momentos en que nos sentiremos como perras deseosas de serlo y disfrutaremos de una extraña felicidad rebajándonos, siendo humilladas. Habrá momentos

en que las dudas nos asaltarán como fieras rabiosas, en que estaremos a punto de rompernos y mandarlo todo a la mierda y regresar a toda prisa a la seguridad de lo conocido.

Sin embargo, les recomiendo perseverar, como hice yo.

La recompensa merece la pena.

Algunos pasajes de esta historia parecerán brutales. Lo son. Los rituales del sexo suelen serlo. El sexo es un territorio regido por la violencia y el abandono de las reglas. Pero en esa violencia suele habitar una indescifrable ternura. Muchos pensarán en términos de perversidad y depravación; yo respondo que donde hay amor, aprendizaje, superación y autenticidad, no hay suciedad ni pecado.

No tengo nada de que avergonzarme.

A los que vean en lo que describo un mero ejercicio de exhibicionismo, les recomiendo aproximarse a este relato como a una curiosa pieza antropológica.

El lenguaje en que han sido escritos los mensajes es crudo y, en ocasiones, vulgar. Pero honesto. También están llenos de pasión, sinceridad y (los de mi Maestro) de poesía. Era evidente que las palabras desempeñaban un papel importante en sus planes. Maestro me ha enseñado que las imágenes y descripciones que emanan de una situación pueden ser más reales que la situación misma.

Cuando tuve que hablar de cosas muy personales, traté de utilizar el lenguaje de los amantes en la extrema intimidad. Y, sobre todo, intenté decir lo que sentía, lo que imaginaba, lo que deseaba, de la manera más clara y directa posible.

Cierto vocabulario, que se me resistía, que tuve que obligarme a emplear, era parte fundamental del entrenamiento. Resultaba esencial para situarme en la esfera de mi interlocutor. Al escribir, tenía la sensación de convertirme en otra persona. Durante semanas, fue imposible para mí conciliar a la mujer que se esforzaba en redactar aquellos desinhibidos mensajes y obedecía las órdenes de un desconocido, con la ejecutiva enfundada en un elegante traje de Armani que negociaba contratos con un proveedor o tomaba decisiones que afectarían al futuro de su empresa.

Concilié ambos seres gracias a la sabiduría de mi Maestro.

El mensaje con el que comenzó todo fue el más difícil.

La correspondencia constituyó un proceso arduo.

La palabra puta representó un obstáculo casi insalvable.

Por supuesto, como a la mayoría de las mujeres, haciendo el amor me han llamado puta en diversas ocasiones. Pero es muy diferente ese juego fugaz y esporádico que el uso que terminé

haciendo de esa palabra. Extrañamente, llegado el momento, encontraba más tolerable referirme a mí misma en términos de perra o cerda. Puta es una palabra a la que los machos (nótese que no digo los hombres) han revestido de un poder incalculable. Una palabra ancestral cargada de resonancias terribles.

Puta. ¿En cuántas, innumerables ocasiones esa palabra significó y sigue significando el peor de los insultos, el más oprobioso de los epítetos que puede dedicarse a una mujer? Es francamente estúpido.

Les advierto que esta correspondencia puede resultar ofensiva para espíritus timoratos, también lo fue para mí en algún momento; hasta que comprendí que nada que nazca del deseo de conocerme disminuye; por el contrario, enriquece. Se trata de un intercambio, como verán, que con frecuencia adquiere tintes difíciles de asimilar. Para contestar los maravillosos mensajes de mi Maestro tuve, en principio, que asumir la idea de que se trataba de un juego perverso, depravado, extraño y humillante, pero un juego a fin de cuentas.

Considerar que podía abandonar el juego en el momento que estimara pertinente, me ayudó a continuar.

Sin embargo, desde el primer mensaje de Maestro Yuko tuve la sensación de que era receptora de un inestimable regalo.

El juego, poco a poco, se fue haciendo «real», fue encontrando eco en mi ser, en mi espíritu y mis vísceras. Los meses que duró esta experiencia los viví como en un sueño deseado y odiado a partes iguales. Nada ha sacudido ni cambiado mi vida tan profundamente como estos mensajes. Y lo que sucedió a continuación.

¿Por qué publicar esta correspondencia, por qué compartir mi aventura?

Porque creo que ayudará a muchas y muchos a encontrarse a sí mismos.

¿Y no es ése el objetivo de la vida?

Rodrigo me guió. Yo quería ser guiada. Si él está a mi lado, y ésta es la más tierna confesión de amor que puedo concebir hacia el hombre que amo, soy capaz de bajar sonriente al mismísimo Infierno.

A lo largo de estas páginas hablo fundamentalmente de mi aventura, pero ustedes comprenderán que se trata de la aventura de ambos. De los retos, de los miedos, de las diversiones y descubrimientos, de las curiosidades y anhelos de ambos. Mi querido esposo entró más fácilmente en su papel, y me animó a lo largo de la travesía, pero en ocasiones yo daba un gran salto adelante y él dudaba, y tuve que llevarlo a remolque, hasta que volvía a disfrutar del juego.

¿Juego? Sí, juego.

En el fondo, es un gran, espléndido juego.

Todo comenzó de manera casual, como parece que comienzan muchas cosas importantes. Conversaba con Rodrigo acerca de la sumisión y la entrega. De los posibles límites del castigo, el dolor, la degradación, en el contexto de una relación sexual. Charla propiciada por unas imágenes vistas en Internet. Imágenes que me sobrecogieron y excitaron. Y hablo de una excitación diferente a cualquiera que sintiera antes. Chicas japonesas atadas, zurradas, humilladas y expuestas. Chicas colgando del techo como víctimas atrapadas en hermosas telarañas de hilo de cáñamo. Utilizadas a manera de adornos. Como parte de una decoración. Rostros que se iluminan al caer cera ardiente sobre los pechos o el vientre de sus dueñas. Cuerdas trenzadas, piernas amoratadas, rostros convulsos, miradas implorantes, bocas ansiosas, bocas babeantes, miradas borrosas, miradas sumergidas en un mundo desconocido, desconcertante.

El vídeo de una atractiva chica a la que propinaban una tremenda paliza nos conmocionó especialmente.

Un anciano oriental, robusto, cuyo rostro exhibía una serenidad cautivadora, colocaba a la joven sobre sus piernas, las nalgas blanquísimas, nalgas de leche fresca, ofrecidas; de inmediato procedía a pegarle con una especie de raqueta de madera. Alternaba el castigo con delicadas caricias en la zona afectada. La chica trataba de no chillar, pero terminaba quejándose a gritos y llorando a moco tendido. Al concluir la golpiza, el Amo, con suma ternura, la ataba de forma que quedaba absolutamente inmovilizada, y ponía la polla al alcance de su boca a manera de premio. No por mucho tiempo, sólo un momento. A su juicio, la chica no merecía más.

Los ojos de la joven relucían de puro agradecimiento.

¿Agradecimiento?

Ese detalle me anonadó.

Charlas como las que siguieron a la visión de las fotos y el vídeo nos sirven como calentamiento previo a intensas sesiones de amor. Prefiero decir amor, no sexo, porque con Rodrigo el sexo, no importa lo brutal o poco convencional que sea, es siempre amor.

No era la primera vez que el tema nos atraía. Habíamos incursionado en ese territorio durante meses. Ligeros azotes, mientras follábamos, algún bofetón no muy fuerte. Yo los disfrutaba, pero luego me invadían arrolladores sentimientos de culpa.

Curioseando en Internet, encontramos algunas páginas dedicadas a relaciones de dominio y sumisión. Casi siempre, las páginas de esta clase terminan cediendo a cierta estética sadomaso artificial, peliculera y pornográfica. Que aburre y puede resultar

desagradable. Pero, en ocasiones, hablan de las experiencias de Sumisas de forma expedita y honrada. Las más instructivas son aquellas en las que el Master o Amo obliga a la Sumisa a llevar un diario público. En el que se describen las actividades de la pareja.

De esta forma nos enteramos de que varios Amos se reunían para pasar el fin de semana en una casa alquilada en las afueras de la ciudad. Allí las Sumisas competían a ver cuál de ellas sabía complacer mejor a su Amo.

Muchas noches soñé con ser una de las Sumisas invitadas. Amanecía muy mojada y tenía que masturbarme.

Uno de los diarios hablaba de la ocasión en que una Sumisa sirvió como árbol de Navidad en una reunión de Amos. Permaneció horas en un rincón, engalanada, llena de lucecitas, guirnaldas y bolas de cristal.

Sentí unos intensos deseos de ser usada no ya como árbol de Navidad, sino como maceta del árbol, como tierra, como alfombra. La imagen de la Sumisa iluminada, inmóvil, me parecía enternecedora, deseable.

Las experiencias de estas Sumisas, empezábamos a acostumbrarnos al término, alimentaron nuestros deseos de explorar fantasías de dominio, en lo concerniente a Rodrigo, y de sumisión en lo referente a mí.

Rodrigo leyó todo lo que encontró acerca de las técnicas del bondage. Aprendió a hacer nudos y amarres que cortaban la respiración y me sumían en una especie de éxtasis. Al principio nos limitamos a posiciones sencillas, mientras mi marido pulía sus recién adquiridas habilidades. Pero con el paso de las semanas la situación ganó en complejidad y encanto. En cierta ocasión permanecí horas atada a la pata de la mesa, mi cuerpo cubierto con una red que dibujaba rombos, triángulos, y se hundía en mi carne provocándome un nuevo y delicioso escozor.

Resulta imposible describirles lo que disfruté allí echada. Lo agradecida que me sentí.

Rodrigo acondicionó una habitación pequeña, que usábamos como trastero, a manera de mazmorra. Según habíamos visto en Internet, la mazmorra es el escenario del castigo. El lugar donde la Sumisa es atada, zurrada, recluida. «Su» sitio. Rodrigo instaló argollas para facilitar su tarea, vació un armario de mantas y toallas y lo llenó de cuerdas de diferentes tipos, velas, varas de bambú, fustas y otros enseres.

El nivel de castigo aumentó; mi nivel de goce crecía proporcionalmente.

Una tarde, al llegar del trabajo, Rodrigo me ordenó que comprara un uniforme de chacha. Estuve varios días eludiendo la encomienda, argumentaba cansancio, demasiado trabajo, olvido; llegué a irme de tiendas concluida la jornada laboral para regresar más tarde a casa y tener una buena excusa para no acudir al establecimiento donde compro los uniformes de nuestra empleada de la casa.

Tenemos una chica que viene diariamente a cocinar, limpiar y ocuparse de la ropa.

Pero un buen día mis pasos se dirigieron a Confeccions Almirall. Como allí conocen a mi empleada, lo primero que quisieron saber fue si el uniforme que necesitaba era para ella. Quedé paralizada por la pregunta. Creí morir de vergüenza. Al fin, sonrojada, respondí que no. Que el uniforme era para la chica de mi hermana.

¿Qué tipo tiene? Otra pregunta paralizante. Como yo, más o menos. Respondí en un tartamudeo. Terminé comprando el atavío más caro, con cofia y delantal bordados. Y unos zapatos espantosos, blancos, de suela de goma.

Rodrigo me «obligó» a vestir el uniforme y a interpretar el papel de empleada de la casa. En un remoto y secretísimo compartimento interior, me moría por hacerlo. Mi marido tiene la rara y espléndida cualidad de saber qué deseos inconfesables oculto en lo más profundo, y de empujarme en esa dirección cariñosa pero firmemente.

Cierto día, con inusual entusiasmo, descubrí en el supermercado un producto especial para limpiar el baño. Un producto que garantizaba resultados duraderos, maravillosos. En cuanto llegué a casa, me sumí en la tarea con inusitado fervor. Un fervor sexual. Cuando Rodrigo se detuvo a contemplarme agachada, restregando la porcelana del retrete, el sexo se me humedeció. Percatándose de mi excitación, mi esposo adoptó su papel dominante. Dio unos pasos, inspeccionó los espejos, buscó suciedad en las juntas de las baldosas y pasó los dedos por los toalleros; al fin dictaminó con voz severa: la bañera está mugrosa. Yo, jadeante, deseé ser montada allí mismo.

A cuatro patas, limpié el suelo de nuestro piso. Sacudí el polvo acumulado en lugares insospechados. Durante una semana hice las tareas de la chacha. Rigurosamente uniformada. Calzando aquellos horribles zapatos de enfermera. La primera vez que me lo puse, ya inmersa en el papel de Sumisa, dije que me sentaba fatal el atuendo. Recibí una bofetada por respuesta, acompañada de una contundente aclaración: Nadie ha solicitado tu opinión; cuando la necesite, te la pediré.

Aprendí la lección. Jamás volví a dar opiniones ni a cuestionar una orden una vez comenzada la sesión.

Considerábamos una «sesión» el tiempo que transcurría desde que asumíamos un papel, el de Sumisa en mi caso, el de Amo en el caso de Rodrigo, hasta que lo abandonábamos y recuperábamos nuestro comportamiento normal.

Resultó una experiencia perturbadora. Pletórica de miedos y retos. Llena de puertas abiertas a territorios insospechados.

No comprendía las causas del extraño deleite que me embargaba durante las sesiones. Pero las deseaba con tal intensidad que me mojaba de sólo recordarlas.

No puedo negar que mil veces cedí y estuve a punto de abandonar la búsqueda. Si ésta no hubiera tenido lugar a la sombra del amor de Rodrigo, como ya he dicho, hoy formaría parte del nutrido bando de las derrotadas; sería otro montón de renunciadas, que es lo que son, a fin de cuentas, la mayoría de los seres humanos.

Algo irrealizado en mi interior actuaría como un ancla, impidiendo a mi espíritu volar.

No sería este ser hermoso y resuelto que soy.

Rodrigo y Maestro Yuko son los artífices de mi transformación. Ellos tomaron mi mano y me ayudaron a superar obstáculos que de otra forma hubieran resultado inexpugnables.

Por otra parte, fue revelador constatar que algunas de mis más arraigadas convicciones se volatilizaban ante la arremetida demoledora de una infinita curiosidad. En muchas ocasiones pensé: éste es el límite, por aquí no paso; para diez minutos más tarde sumergirme en el siguiente desafío.

Poco tiempo después, debido al desarrollo lógico de nuestra exploración, llegó el día decisivo. El día que propulsaría al exterior experiencias que se circunscribían, hasta el momento, a un ámbito privado y familiar.

Caía la lluvia a rafagazos sobre Barcelona; la calle, abajo, relucía como la piel de un humeante pez. El contorno licuado de las cosas hablaba de carne conmocionada, de deseos largamente postergados que exigían atención. De la tierra del parque cercano emanaba un lujurioso tarareo. El cielo encapotado arrojaba desde su hinchada entrepierna una catarata limpia y furiosa.

La tarde había transcurrido lenta, perezosa, trufada de adormecimientos y lecturas. Y del olor del anunciado aguacero. Y de melancólicas vaharadas. Unas copas de vino, ingeridas durante la comida, contribuían a espesar la atmósfera y entibiar la sangre.

A través de la puerta del comedor distinguía la pecera: en ella, las carpas refulgían como joyas. Como sobrevivientes de épocas ceremoniales y prohibidas.

Se respiraba un aire de frontera.

Entonces, Rodrigo se incorporó en el sofá y dijo que sería divertido poner un mensaje en Internet solicitando un Maestro que quisiera tomarme como alumna.

Un Maestro, un Guía.

Un Entrenador.

Rodrigo sería mi Amo, es decir, mi dueño máximo. El que tiene poder para ofrecerme o no, el que decide cuáles son los límites de mi entrega, el que regula el acceso físico a mi persona. El que determina lo que hago y lo que no hago, el que establece cuán largo y accidentado será mi aprendizaje.

Y el Amo ordenaba buscar un Maestro experto que me convirtiera en una verdadera Sumisa.

Un Amo de Amos.

Accedí.

Durante varios días trabajé en el mensaje. Pulí, luché con las frases.

Tenía que ser un mensaje donde expusiera mis virtudes y mi determinación. Un mensaje atrayente. Pero me paralizaba la vergüenza.

Por fin, una noche, a medias satisfecha con el texto, lo coloqué en una página de anuncios.

Días después, el mensaje obtuvo respuesta.

El mensaje



Asunto: Sumisa solicita Maestro

Fecha: Viernes, 1 de noviembre de 2002

23:33

Amo ha ordenado que me ofrezca a cambio de entrenamiento. El Maestro que me acepte podrá usarme como le plazca, siempre que mi Amo lo autorice.

Me gusta ser atada. Atada, soy libre. Pero, sobre todo, me excita obedecer. Someterme. Satisfacer los deseos del Amo.

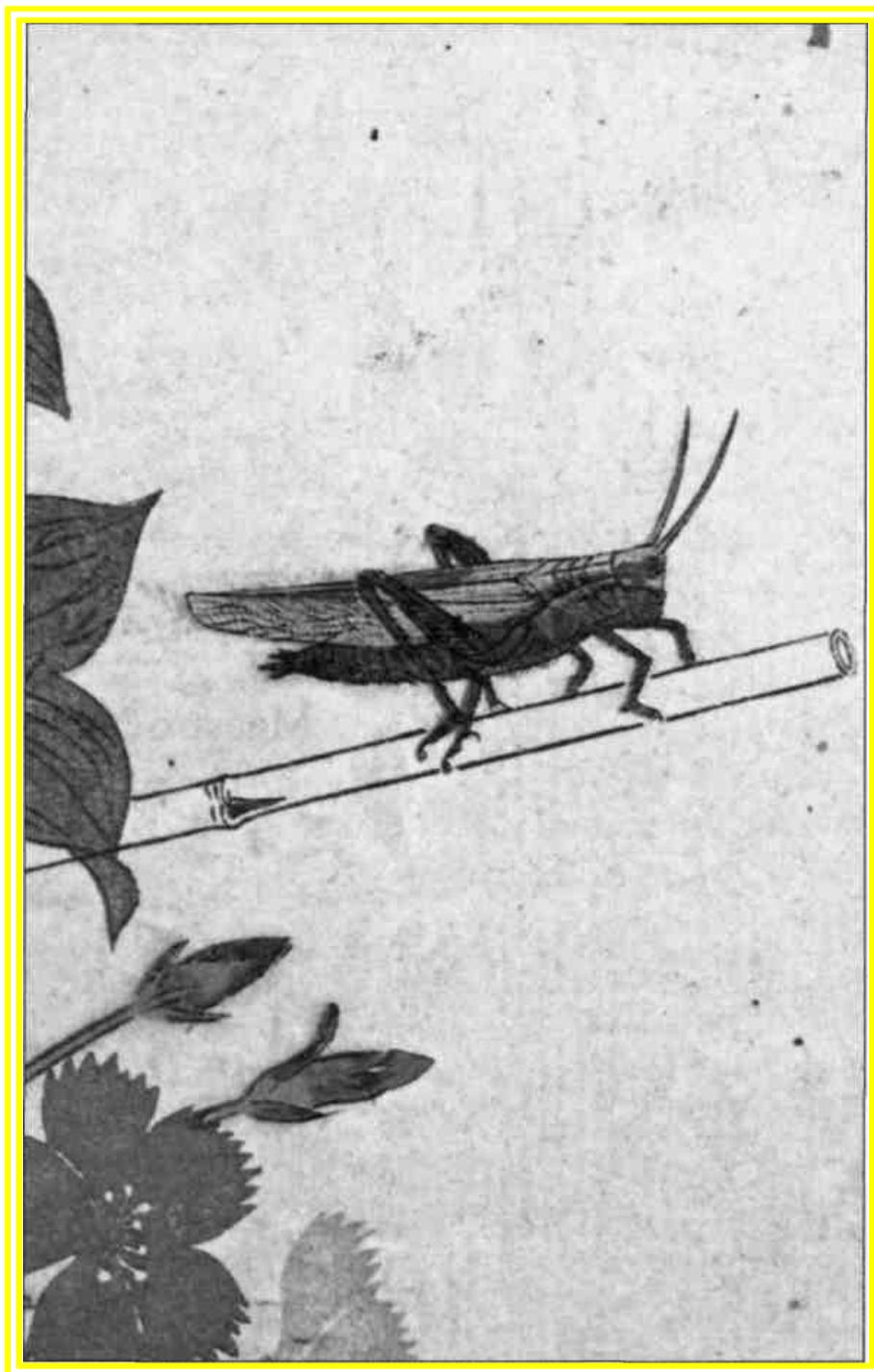
Soy hermosa, inteligente, atractiva. Mi trasero es empinado y duro. Mi sexo, muy peludo, de labios protuberantes.

Puedo rasurarme si así lo desea el Maestro.

Pido humildemente que me escriba.

Sumisa Laura

Maestro Yuko



De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Martes, noviembre 5, 2002, 23:45

Laura, soy un anciano Maestro (Amo de Amos) japonés; vivo en Barcelona desde hace muchos años. Vine por motivos de trabajo y me fui quedando, embrujado por la ciudad. Algunos lugares son como esos amigos que, sin que sepamos bien las causas, se vuelven imprescindibles.

Barcelona se mete en tu alma como un amor juvenil. También es una urbe tolerante, y aquí, siendo discreto y considerado, se puede vivir, en el sentido más profundo del término, sin que te incordien demasiado.

Los catalanes son como insectos (mi especie preferida) laboriosos, respetuosos de la intimidad ajena y no hacen mucho ruido. ¿Qué más puede pedirse a nuestros congéneres?

Aunque apenas practico, salvo muy de vez en cuando en alguna reunión de amigos, tu mensaje ha despertado mi interés.

¿Por qué?

No lo sé con certeza. Quizás el hecho de que disfrutes estando atada. Que lo menciones como algo importante. Cierta ingenuidad. La palabra inteligente. Definitivamente, la palabra libre. O será que añoro más de lo que pensaba el dolor conexo a toda creación.

Me considero un artista del bondage, una práctica nacida en monasterios medievales japoneses como una forma de conjugar estética y meditación. El bondage es como un jardín en cuyo centro hay una roca: la roca es el alma de la sometida. Un jardín que, bien cuidado, alcanza cotas de belleza asombrosas, pero que puede arruinarse al menor descuido.

También se utilizó el bondage, en el pasado, para castigar a criminales. El color de las cuerdas usadas indicaba la gravedad de su falta. A veces, se les colgaba hasta la muerte en la vía pública, a modo de escarmiento.

Veo el bondage como una forma de devoción.

Como un camino.

Entrenar a una mujer significa hacerla sabia. Domar sus miedos, sus inseguridades, enseñarla a buscar y aceptar a la Sumisa que lleva dentro. ¿Quieres hallar la tuya, dejarla que emerja y ocupe el lugar que, a juzgar por tu mensaje, reclama en tu vida?

Si es así, debes ganártelo.

Por el momento, no quiero conocerte personalmente, sólo intercambiar ideas.

¿Fantaseas con ser exhibida?

¿Anhelas ser humillada?

¿Tienes el pelo largo?

Buenos puntos de partida en el camino de la Sabiduría.

Hoy permanecí horas contemplando el paso de la luz sobre las baldosas del balcón. La sombra de una planta, húmeda y frágil, creaba la figura de un hiratakuwagata, con las tenazas abiertas.

Curioso, ¿no?

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Miércoles, noviembre 6, 2002, 22:05

Maestro, gracias por responder a mi solicitud.

Sí, curioso. ¿Qué es un hiratakuwagata? Supongo que un insecto, por las tenazas. La verdad es que esperaba otro tipo de mensaje (perdone, tengo ideas preconcebidas acerca de los Maestros y los Amos). Pero el suyo me llena de curiosidad. Y, por qué no decirlo, de ansiedad. Siempre he fantaseado con un Maestro japonés. Trato de ser lo más sincera posible. Espero que esto no le desagrade o le parezca irrespetuoso.

De un tiempo a esta parte, intuyo que como consecuencia de mis prácticas sumisas (no encuentro una mejor manera de catalogarlas) con mi marido, mis fantasías sexuales están pobladas de escenas de sometimiento. En ellas, los Amos y Maestros son japoneses. Supongo que tendrá que ver con que mi Amo (marido) adora todo lo relacionado con el bondage japonés y he visto en su compañía muchas ilustraciones, en libros dedicados al tema, y algún vídeo en Internet.

Que usted sea un anciano no disminuye mi interés. Lo aumenta. Es todo lo que me atrevo a decir por el momento.

Responderé a continuación a las preguntas que me hace:

Sí. Confieso que en alguna de mis fantasías me veo expuesta en público.

Sí. Mis juegos (lo vemos así) de sumisión con Amo me hacen llegar a la conclusión de que deseo ser humillada. Que eso tiene para mí un poderoso componente sexual.

Sí. Tengo el pelo largo, fuerte, negro y abundante. Hasta mitad de la espalda, para ser más precisa.

Amo se alegró por mí cuando le mostré su mensaje, Maestro Yuko.

Dice que usted posiblemente sea el mejor Maestro que pueda encontrar aquí en Barcelona.

Yo pienso lo mismo.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Sábado, noviembre 9, 2002, 12:45

Los hiratakuwagatas son coleópteros de la familia *Lucanidae*. Originarios del sudeste asiático, emigraron a Japón hace aproximadamente dos millones de años. Ahora están en peligro de extinción. ¿Por qué? La urbanización, la caza, pero sobre todo la invasión de lucánidos indonesios y malayos. Éstos llegaron al país como mascotas y se han extendido peligrosamente.

Cuando niño, organizaba peleas de hiratakuwagatas con mis discípulos.

Los hiratakuwagatas tienen poderosas tenazas y se mueven como artefactos bélicos. Pero sus gruesos caparazones nada pueden contra los ácaros venidos con los escarabajos foráneos, que les extraen demasiada sangre.

Como ves, mi compañero de infancia es presa de vampiros.

Los buenos Maestros también extraemos sangre del alma de nuestras pupilas. Pero sólo la estrictamente necesaria.

He escrito a tu Amo aceptando ser tu Maestro.

Pidiendo su aprobación.

De ahora en adelante tus mensajes deben ser encabezados: Maestro Yuko.

No me molesta tu sinceridad; al contrario, deseo que seas muy sincera. Todo lo sincera que consigas ser. Quiero que hables con tu Maestro como si hablaras contigo misma.

No creo que tengas ideas preconcebidas acerca de Amos y Maestros, lo cierto es que suelen ser vulgares y predecibles en estos tiempos.

La época de los grandes Amos ha terminado. El mal que corroe nuestro tiempo no es la violencia ni el egoísmo, sino la vulgaridad.

Cuando te atrevas, cuéntame las razones por las que mi edad aumenta tu interés en nuestra relación.

Me alegra saber que tienes una fuerte cabellera.

El bondage de pelo es una disciplina sublime.

Los insectos cumplen roles imprescindibles en la ecología y el mantenimiento del medio ambiente. En otra ocasión, te hablaré más de los insectos.

Me pregunto cuál es nuestro rol.

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Domingo, noviembre 10, 2002, 10:05

Maestro Yuko, Amo me comunica que ha dado su aprobación para que usted sea mi Maestro y yo su pupila. La noticia me ha llenado de una extraña satisfacción. ¿Satisfacción de qué? De atreverme, supongo.

¿Bondage de pelo? Desconocía su existencia. Por favor, Maestro, ilústreme al respecto. ¿Así que la imagen del hiratakuwagata en su balcón lo transportó a la infancia? Sí, es muy rara la manera en que funcionan estas cosas. Bueno, todo es muy raro. ¿Qué mayor prueba que estos mensajes? ¿Qué hago yo, una empresaria exitosa, educada, segura de sí misma, en este insólito diálogo con un Maestro que pretende «sacar sangre de mi alma» y ayudarme a ser sexualmente sumisa? En este momento, no puedo imaginar algo más desusado.

Cuando se preguntaba por nuestro rol... ¿se refería al de la especie humana o al de Maestro y su discípula?

Hábleme de los insectos. Nunca me han interesado mucho. Pero si usted habla, yo escucho atenta... y respetuosa.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Miércoles, noviembre 13, 2002, 23:03

Laura, los insectos son fascinantes... y muy nutritivos. Son los dueños de la Tierra: de cada diez animales, ocho son insectos. Viven en el planeta desde mucho antes que nosotros; hace más de trescientos cincuenta millones de años. Tienen una capacidad reproductiva enorme: si los descendientes de una sola pareja de moscas sobreviviera un año, se podría formar con ellos una fila que cubriera la distancia entre la Tierra y el Sol. Hay miles de insectos comestibles. Bueno, lo cierto es que casi cualquier tipo de insecto es comestible. Incluyendo las cucarachas, pero son poco nutritivas. Los grillos saben a pollo. Las hormigas tienen un sabor avinagrado, debido al ácido fórmico; esto se reduce al hervirlas. ¿Sabes que en Ometepec, en el estado mexicano de Guerrero, durante el mes de julio, el tendido eléctrico se llena de hormigas voladoras? Mueren muy rápido. La gente las recoge y las come, asadas, con limón.

Yo mismo, Laura, semejo un gigantesco escarabajo.

¿Te apetece una tarántula en salsa? En Camboya también se comen fritas y se las considera un tónico para la virilidad. Una forma recomendable de comenzar a consumir insectos es preparar harina con ellos y usarla como se utilizaría la harina de maíz o trigo. Se puede hacer harina de grillos, de mariposas, de hormigas, de casi cualquier insecto.

En Japón hemos degustado insectos como parte de nuestra dieta desde tiempos remotos. Si vas a un restaurante en Tokio, podrás comer larvas de avispas hervidas (*hachi-no-ko*), grillos de campo de arroz fritos (*inago*), cigarras (*semi*), o gusanos de seda fritos (*sangi*), entre otras delicias.

Me refería a nuestro rol. El mío como Maestro y el tuyo como Sumisa.

El de la especie está a la vista y no merece comentarios.

Es bueno hacerse preguntas.

Mi rol es enseñarte a amar el poder de lo Apacible.

El tuyo es doblarte entre mis manos hasta tocar el fondo, como un tallo de bambú, pero sin llegar a quebrarte.

Soy un poeta de lo Apacible.

Lo Apacible puede ser extremo, doloroso y feroz, albergar la impiedad, pero de una manera musical, lírica.

Extraeré sangre de tu alma, y miel de tu sexo.

¿Lo permites?

Es tarde. Afuera la ciudad es una víscera.

Late como una vagina.

«Adoro el sueño. Como respuesta a la situación actual del mundo, pienso que lo mejor que puedo hacer es entrar en mi casa y echarme a dormir.»

¿Conoces el *Hagakure*?

Debes leerlo.

Hagakure significa «escondido tras el follaje».

Tu Maestro te desea sueños de rendición.

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Jueves, noviembre 14, 2002, 22:30

Maestro Yuko, ¿tarántulas en salsa? He estado en Japón, pero nunca he pedido en un restaurante cigarras fritas. ¡Y no creo que lo haga! Los insectos me causan una profunda repulsión. Basta que descubra una cucaracha en casa, u hormigas, para que llame al fumigador. Comerlos es algo que está más allá de mis posibilidades. Sin embargo, he encontrado su mensaje cautivador. Es su voz. Tiene un poder hipnótico sobre mí.

Y hay frases en su mensaje que me han provocado un delicioso estremecimiento.

Mi respuesta a su pregunta es afirmativa: sí, lo permito. Puede extraer sangre de mi alma y miel de mi sexo.

Buscaré el *Hagakure* y lo leeré sin demora.

Me avergüenza decirlo, pero la perspectiva de que sus manos me doblen como un tallo de bambú, «hasta tocar el fondo», resulta muy atractiva.

Pienso mucho en usted, Maestro.

Lo evoco tendido, contemplando los juegos de la luz sobre las baldosas. Haciendo planes que me incluyen a mí. Imagino sus manos poderosas. Su rostro, que intuyo severo, en cierta manera... bárbaro. Fantaseo que estoy a sus pies, aguardando...

Bueno, lo cierto es que apenas puedo apartarlo de mi mente.

Que hable con usted como si hablara conmigo misma... abrirme de una manera descarnada y vulnerable...

¿Es eso lo que desea?

Lo intento. Pero todavía no lo consigo.

Maestro, estas cartas siempre son mucho más largas. Pero corto y corto antes de decidirme a enviarlas.

¿Me atreveré?

Me atrevo.

Juan Abreu Diosa



Ayer, al concluir la lectura de su mensaje no pude refrenarme y me introduje dos dedos en la vagina.

Latía como la ciudad.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Viernes, noviembre 15, 2002, 23:55

Sumisa Laura, hay una tienda en el mercado de la Boquería, «Fruits del Bosc de Petras», especializada en la venta de insectos. Tu Maestro sugiere severamente que vayas allí y compres todo lo necesario para una cena. Lamentablemente, venden los alimentos ya cocinados. Pero son de excelente calidad. Te recomiendo los escorpiones a la brasa, los gusanos al queso, la ensalada al curry tailandés (con jalea de abejorros; adquiérela aparte), hormigas culonas tostadas (como aperitivo); si necesitas condimentar algún plato, usa sal de gusano rojo de mezcal, aunque todos los platos vienen apropiadamente condimentados. De postre, una piruleta de escorpión macerado en vodka, o de menta con hormigas maceradas con pimienta. Escoge la que prefieras.

Tu esposo y Amo puede acompañarte en la cena; por supuesto no está obligado a ello, aunque lo recomiendo calurosamente. Lo que reste de la cena (compra para que sobre) debes llevarlo a la oficina al día siguiente. Será tu comida. No te ocultes. Devórala delante de tus amigas. Pero no la compartas.

Te gusta demasiado.

Descríbeme la experiencia en tu próximo mensaje.

¿Vergüenza? Destierra esa palabra de tu corazón siempre que hables con tu Maestro. Yo soy el país donde no existe la vergüenza. El país donde la desnudez y la sexualidad son naturales y no entrañan culpa. La vergüenza es una ofensa entre Sumisa y Maestro.

Amo tu desvergüenza.

No lo olvides.

Tu nivel de *inocencia deseosa* aumenta y eso me hace feliz. La inocencia neutralizará tu vergüenza. Es bueno que halles el latido de la ciudad en el interior de tu vagina. Encontrar lo insólito donde sólo debe haber carne y sangre, es Sabiduría. Espero que pronto, cuando tus dedos busquen, me encuentres a mí.

Las vaginas son órganos fuertes.

Misteriosos. Resistentes.

¿Cómo son los labios de tu vagina?

En mi balcón hay un ficus de hojas brillantes. Lubricadas. Lo compré muy pequeño y ahora ha crecido tanto que la maceta ya no le basta. La maceta en la que creces también se hará inservible y no podrá contenerte. Tu Maestro, entonces, la romperá. Y el amor de tu Maestro será la tierra donde prosperarás.

Ya comienzo a pensar en ti como en un reto estético, como en una obra de arte que realizar. Ábrete. Mis dedos juegan con el pincel.

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Sábado, noviembre 23, 2002, 11:15

Querido Maestro: como ve, ha pasado algún tiempo antes de que pudiera cumplir con su encomienda. Que yo interpreté como una orden.

Si «sugirió severamente» la cena... tiemblo ante lo que puedan ser sus órdenes.

¡Lo hice! Compré todo lo que indicó mi Maestro. E incluso un licor de arroz en cuyo recipiente había un escorpión. El empleado me explicó que, tras ingerir el licor, podía consumir el escorpión.

En la tienda, al principio, me sentí desnuda. Era como si todos supieran por qué estaba adquiriendo aquellos alimentos. Como si estuvieran al tanto de sus órdenes y constataran mi obediencia.

Pero una vez que decido hacer algo, soy muy osada. Superada la primera impresión, creo que me comporté con soltura, como una digna alumna de mi Maestro.

¿Por qué estaba dispuesta a comer esos bichos asquerosos? Me lo pregunté mil veces. Porque no quería perder a mi Maestro. Ésa ha sido la razón, se lo confieso cándidamente. Imaginé que mi Maestro desaparecía de mi vida y la idea se me antojó insoportable. Mucho más insoportable que masticar y tragar bichos.

La cena, por otra parte, lo reconozco con alegría, fue un éxito.

Amo disfrutó mucho. Porque las hormigas culonas resultaron un manjar (tuve que luchar para reservar un puñado para la comida del día siguiente) y por verme tan obediente. Tan resuelta a cumplir las órdenes de Maestro Yuko. Los escorpiones a la brasa fueron también muy apreciados. Y las piruletas. Nos bebimos la botella de licor de arroz.

Al final, Amo me forzó (aunque no mucho) a compartir el escorpión de la bebida. Recuerdo el crujido del animalejo entre mis dientes. El sabor era intenso, pero no desagradable.

¿Cómo me sentí?

Exaltada, nerviosa, especial.

Feliz.

Fueron unas horas ricas, diferentes, en compañía de Amo.

Gracias, Maestro.

¿Lo diré? Terminé la cena muy mojada.

Amo lo notó, y me dio instrucciones que agradecí.

Al día siguiente llevé los restos a la oficina y cumplí estrictamente con sus indicaciones. No me importó en absoluto lo que dijeron algunas compañeras con las que suelo reunirme a comer. Quería provocar, encontraba poder en ello. La situación fue, en cierto sentido, mejor de lo que imaginó mi Maestro. Porque no comimos en la empresa, fuimos a un restaurante cercano. Allí, ante el asombro de mis compañeras que no daban crédito a sus ojos, y el escándalo del camarero, saqué mis insectos y los devoré ansiosa. ¡Sabían aún mejor que el día anterior! Los acompañé con una copa de vino blanco.

No sé cómo contarle lo sucedido a continuación, Maestro. Lo haré de la manera más directa posible.

Ábrete, ha pedido mi Maestro. Obedezco.

En fin; de regreso a la oficina, estaba tan caliente por lo sucedido que cerré la puerta y me masturbé. Lo deseaba mucho.

Después me sentí bien. Relajada. Realizada.

Es la primera vez que lo hago en la oficina.

¿Por qué, Maestro, me excité tanto? ¿Son los escorpiones, o las hormigas, afrodisiacos? ¿Fue a causa de la obediencia? ¿Fue el placer de acatar sus órdenes?

Olvidé dar respuesta a una de sus preguntas: los labios de mi vagina son grandes, copiosos. En cierta época estuve avergonzada de ellos. Pensaba que daban a mi sexo un aspecto monstruoso. Ya no.

Por favor, Maestro, no me deje sola con mis dudas.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Domingo, noviembre 24, 2002, 02:34

Laura: ábrete.

Esto no lo pido o sugiero severamente, lo ordeno.

Creo que ya estás lista para cumplir órdenes. Ordeno que te abras. Ya no habrá obstáculo de ningún tipo entre Laura y su Maestro. Tu Maestro es tu alma y no puedes ni deseas ocultar nada a tu alma.

Tu conducta ha sido impecable.

Maestro está muy orgulloso y feliz.

«La pureza no se obtiene sin esfuerzo.» Lo has comprendido y avanzas por el camino de la Pureza, que es el de la Sabiduría. Estás dispuesta a pagar el precio necesario, a vencer las dificultades y, lo que es más importante, estás dispuesta a ser sin miedo.

Una deliciosa cena, sin duda.

Los escorpiones son afrodisiacos. Una pequeña ayuda de tu Maestro para contribuir a la mayor libertad de tu corazón y la aceptación de tus instintos. Pero tu excitación no provenía de los insectos, sino de fuentes más genuinas: de tu deseo de obedecer. De doblegar tu voluntad a la de tu Maestro.

De tu pasión de *ser*.

Hay pasión y lujuria en el abandono. Y tu espíritu lo percibe y lo acepta con entusiasmo y naturalidad.

Lo veo.

En el país del sexo no todos los actos tienen explicación. Hay fuerzas mucho más importantes que la razón: ellas gobiernan. Pulsiones ancestrales, ansias de *ser* hasta la degradación, necesidad de saborear la soberanía del abandono, hambres orgiásticas.

A cierto nivel (y ya estás en ese nivel), la única forma de comprender es hacer.

En eso consistía la lección de la cena.

Ésa es tarea de tu Maestro, indicarte qué hacer.

Hoy tu Maestro Yuko disfruta de una placidez especial. La que proporciona la certidumbre de no haber errado al escoger una nueva pupila, después de tanto tiempo de inactividad.

Tienes condiciones.

Bebo té vigorizante. Realizo con dedicación mis ejercicios matinales. Templo mis músculos y mi ánimo. Elevo oraciones a los dioses del cuerpo. También yo he de prepararme para ser un digno Maestro.

Que los labios de tu vagina sean como los describes es una excelente noticia. Ideales para bondage vaginal.

¿Qué instrucciones te dio tu Amo al concluir la cena, al notar que estabas mojada? ¿Cómo lo notó?

Te observa «escondido tras el follaje»...

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Martes, noviembre 26, 2002, 21:09

Querido Maestro Yuko. Me abriré. Deseo que mi Maestro esté satisfecho con su pupila. Mostrarme a la altura de sus enseñanzas y expectativas. Aunque persisten dudas acerca de mis límites.

Sus palabras de aprobación me han emocionado hasta las lágrimas. En este momento de mi vida, siento que no debe haber nada más importante que obedecer a mi Maestro.

Amo coincide conmigo.

Respondo a sus preguntas:

Amo me conoce muy bien. Leyó en mi rostro agitado, en el tono de mi voz. En el color de mis mejillas. En mi respiración entrecortada. Pidió que abriera las piernas e introdujo la mano hasta alcanzar mi sexo. Así comprobó que estaba mojada. ¿Qué me ordenó a continuación? Ordenó subirme la falda, apoyar las piernas abiertas sobre la mesa, echar a un lado las bragas (no permitió que me las quitara) y masturbarme. Yo tenía muchas ganas, Maestro. Mientras lo hacía, Amo se metió debajo de la mesa y observó la escena. Es algo que me enloquece. Sentía su aliento sobre la mano, tan cerca estaba. Cuando terminé, me hizo arrodillar y chupársela.

Maestro, dudo. No sé si enviar este mensaje. Al menos no como está escrito. ¿Y si le parezco vulgar? ¿Y si no me considera merecedora de sus enseñanzas? Al mismo tiempo pienso en sus órdenes de abrirme. Y para abrirme, según lo entiendo, creo que debo ser absolutamente sincera. Además, quiero que usted me vea tal como soy.

Completa.

¿Bondage vaginal?

No me atrevo a imaginar en qué consiste.

Por favor, respóndame enseguida.

Sumisa Laura

P.D. Ya he comprado *Hagakure*, de Jocho Yamamoto.

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Sábado, noviembre 30, 2002, 16:58

Laura, no hay límites.

No temas.

Ríndete.

He leído con regocijo tu mensaje. Empiezas a vivir a tu Sumisa. Las Sumisas son Diosas. Acepta tus instintos.

La sinceridad y la entrega son armas de tu pureza.

Lo que llamas vulgaridad son secreciones de tu inocencia.

Disfrútalas, y ganarás entereza y seguridad.

Hay un espacio que conquistar. Una vez en él, todo lo que hoy te perturba te parecerá ridículo e indigno de atención.

Maestro Yuko disfruta llamándote adorable Laura.

Hoy, mientras me afeitaba la cabeza, pensé en el bondage de pelo.

Por la ventana se coló una brisa que olía a cuerdas mojadas. A rostro desencajado. ¿O fue mi imaginación? La frescura de las baldosas en mis pies descalzos me recordó el aroma de los pinos en el bosque que cubría la ladera de la colina, al fondo de la casa de la infancia. El olor de los troncos sin cepillar impregnaba el ambiente. Resina. Ámbar. La superficie de la tierra, recién removida, estaba formada por gruesos grumos. El rocío cubría las flores y las hojas. En el establo, un animal intentaba cubrir a su hembra. Desde donde me hallaba oía sus berridos, y distinguía su cabeza por un agujero en las tablas: el morro abierto, la lengua cubierta por una baba blanca. También vino a mi mente la frescura de cierta cabellera. Sus movimientos llovidos, su delicadeza insondable.

Guardo algunos mechones que algún día te mostraré. Y una antigua fotografía de la dueña, convertida en obra de arte.

El bondage de pelo es una práctica exquisita que requiere máximas habilidades y nobleza de parte del ejecutor. Añade una dosis considerable de morbosidad al ambiente de capitulación y

aumenta la sensación de cautividad que invade a la Sumisa. Provoca un dolor humillante e íntimo. Una serenidad lacerante. No es un arte que esté al alcance de cualquier Amo. Cuerdas de arroz, son las ideales para el bondage de pelo.

Existe una leyenda acerca de un monje y Amo Supremo en el Japón medieval, llamado Nabeshima, que vivió en la isla de Kyushu. Dicho monje colgó a una novicia con tal maestría de su luenga cabellera que, al final de la sesión, todos los cabellos se desprendieron de la cabeza y quedaron suspendidos de cientos de finos bramantes. Formaban la imagen del templo Ryusyaku, famoso por su silencio. En el cuero cabelludo de la novicia no podía apreciarse ni una sola gota de sangre. Y el dolor fue de una categoría tan excelsa que la joven alcanzó el orgasmo al perder el pelo.

Yo no creo que sea posible hacer algo así.

Aunque... ¿quién sabe?

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Domingo, diciembre 1, 2002, 10:26

Querido Maestro. ¿Adorable Laura? La lectura de su mensaje produjo en mi alma una gran conmoción. Y alivio. Me abandono completamente en sus manos. No ocultaré nada, no temeré nada. Donde otros vean perversidad, yo veré la limpieza de lo auténtico.

Cada nueva misiva agita el mar de mis ansiedades. No me entienda mal. Es una sensación agradable. Casi me atrevo a decir lujuriosa.

¿Debo comer más insectos?

Ahora lo haría por mi propio placer. Tuve ganas de invitar a mis amigas a cenar e imponerles un menú semejante al que degustamos hace unos días Amo y yo. Un poco por compartir mi experiencia y un poco por ver si tenía sobre ellas el mismo efecto. Todas son bastante reprimidas, les vendría bien un poco de desenfreno.

Cuando le dije, Maestro, que su edad sería una ventaja, me refería a que siempre me han gustado los hombres mayores. No es que no me agraden los jóvenes. Nada de eso. Pero como siempre tuve una relación distante con mi padre y él era muy frío, creo que veo una figura paternal en ellos. No es que albergara sentimientos incestuosos hacia mi difunto padre, pero sé que a veces me he acercado emocionalmente a hombres mayores, y me he acostado con ellos, buscando algo que no me dio mi padre.

Una forma especial de ternura.

Lo que me cuenta, Maestro, del bondage de pelo suena a leyenda, bella pero irrealizable. Aunque no dudo que usted sea tan hábil como pudo ser el monje Nabeshima.

¡Colgada por el pelo! No creo que algo así proporcione placer. En mi caso, más bien pavor.

Pero queda en sus manos, Maestro.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Martes, diciembre 3, 2002, 22:18

Laura, tienes razón cuando dices que el bondage de pelo no proporciona placer. No es placer, al menos no en el sentido rudimentario del término, lo que se encuentra a esas alturas. Es algo indescriptible que, aun a riesgo de equivocarme, definiría como semejante a la belleza de un lago. Claro que no un lago común y corriente. Un lago oculto, durante mucho tiempo, a la curiosidad de los hombres. Lo que le ha permitido conservar intacta su mágica naturaleza. Hay que vencer montañas y barrancos, valles y desfiladeros para llegar a él. Enfrentarse a bestias sinuosas y a malévolos vientos. Hay que enfrentarse a uno mismo, el peor de los contrincantes, y vencer. Hay que derrotar a la lujuria, que, armada, convertida en pecado, espera oculta tras las rocas, y conseguir que muestre su rostro maternal.

Un barquero, a un tiempo inhumano y humano, surca el lago. Puede guiarte hasta al reino de los monstruos amados. Al país de las heridas compasivas, al mundo de las sombras luminosas.

Que te acepte como pasajera o no, depende de ti.

Como bien dices, usar tu cabellera para bondage de pelo queda en mis manos. Yo y nadie más decide lo que haré contigo cuando nos encontremos. Pero lo que alcances depende de ti.

Yo abro puertas.

Come insectos cada vez que te plazca.

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Jueves, diciembre 5, 2002, 1:26

Querido Maestro, le contaré cosas que jamás le he contado a nadie. A nadie. ¿Por qué? No quiero que mi Maestro ignore nada de mí.

Nada.

Tengo fantasías que incursionan en territorios que apenas entiendo. Deseos de los que me siento culpable, que me atormentan. Espero que compartirlos con mi Maestro contribuya a destruir esas culpas y esos tormentos. Que compartirlos me ayude a conquistar ese espacio que menciona, Maestro, donde todo se convierte en natural, donde todo es inocente.

Es muy tarde, Amo duerme apaciblemente. Llevo horas leyendo, y a ratos, inmóvil frente a la pantalla del ordenador, acumulando resolución para escribir las palabras que necesito escribir. La jornada de trabajo ha sido engorrosa. Llamadas telefónicas interminables, inacabables conversaciones con gente estúpida, con gente arrogante, con gente empalagosa, con gente domesticada. El día, largo, aburrido y gris. ¿Vio cómo la niebla ocultaba Montjuïc? Hoy es uno de esos días cuya superficie parece el decorado de un teatro. ¿Sabe a lo que me refiero, Maestro? Uno de esos días en los que siento el impulso de hurgar con las uñas en el aire y ver en qué consiste la verdadera realidad, detrás.

La lluvia me pone melancólica, sentimental. Ya lo habrá notado. ¿Qué efectos tiene en usted? A mí me convierte en una niña falta de cariño. Una niña necesitada de que la abracen.

Y quizás, también, de que la castiguen un poco.

La madrugada es oscura y esponjosa y más allá de las ventanas del estudio luce inhóspita, como si estuviera formada por millones de diminutas, agresivas cosas; pero sé que en algún punto, está usted. Eso reconforta, da valor, Maestro. ¿Duerme? ¿Medita? ¿Acaso se divierte con sus amigos? ¿Dibuja en su insomnio la obra de arte en la que pretende convertirme?

Del otro lado del cristal las ramas de un chopo dejan caer sus

hojas. El agua hace brillar su corteza. Dejo el libro (*Hagakure*) y voy hasta la ventana. El silencio cubre las calles, las fachadas, los patios. Los ojos de las farolas son vapor anaranjado. De tarde en tarde, llega el rumor de un coche como el grito del sobreviviente de una catástrofe. Un aislado bosquecillo, en el parque cercano, forma una figura casi humana; dos grupos de ramas, como pechos pertenecientes a un torso inclinado, flotan sobre el suelo, mecidos por el viento.

Vuelvo a instalarme frente a la pantalla.

Escribiré palabras groseras, describiré situaciones bestiales y degradantes. Cosas que nunca he dicho a nadie. Me sentiré inmundada haciéndolo. Confundida. Si no estuviera lloviendo tal vez no me atrevería.

Allá voy...

Durante años, he tenido una fantasía recurrente que he bautizado como *Fantasía de la Feria*. Vuelvo a ella como un animal sediento. Sucio y lúbrico. Simplemente está ahí, en un rincón de mi mente, y la uso cuando la necesito. Cuando visualizo estas escenas lo hago muy vivamente. Podría decirse que me traslado a ellas.

Estoy en una Feria de artilugios sexuales. La gente que la recorre es ordinaria e insulsa. Gente de baja estofa. Ropa chillona, modales zafios. De pronto, estoy frente a un sitio donde venden un aparato estrafalario, provisto de resortes y correas. Brilla, negro y metálico como un escarabajo. Quiero escapar, pero un tipo gordo, vulgar, de expresión repulsiva, que promueve a grandes voces el uso del artefacto, aferra mi brazo y me obliga a ocupar el centro de la pista. Hay numeroso público. Yo tiemblo. Pronuncio confusas palabras a manera de protesta; pero es pura hipocresía. No ofrezco resistencia. Los presentes lo saben, rien burlones. ¡Hipócrita! ¡Guarra! ¡Vamos, sabemos lo que te gusta!, gritan. El tipejo me coloca una venda en los ojos. Acto seguido invita a los congregados a «examinar la mercancía». Abren la blusa, bajan los pantalones, las bragas. Innumerables manos y bocas me manosean y chupan. Los pechos, el coño. Alguien separa las nalgas. Introducen un dedo en mi ano. Huele bien, dice una voz. Risotadas. De primera, mercancía de primera, vocifera el tipejo usando un altavoz. Terminan de desnudarme. Atan mi cuerpo al aparato. Durante todo el tiempo me obligan a beber agua. A continuación, entregan látigos a la concurrencia. Los azotes se suceden durante un período de tiempo prolongado. Duele mucho. Chillo, lloro sin el menor pudor. Cuando están satisfechos, me colocan a cuatro patas. Siento una polla en la boca y otra en el coño. Sus dueños se corren enseguida y otras pollas ocupan los agujeros. Así transcurre un rato. A una voz del tipejo, la acción se detiene. Orden de ponerme en cuclillas y mear. Obedezco presurosa. Meo

largamente entre vítores. Introducen varios supositorios en mi ano. Orden de cagar. Apoyo las manos en el suelo mojado, empino el culo y evacuo todo lo que tengo dentro. Aplausos, clamores, chillidos.

El tipejo usa, para limpiarme, el chorro de agua a presión de una manguera.

¿Cómo me he sentido mientras ocurre todo esto? *Extremadamente excitada. Asustada, sí, atemorizada sí, culpable sí, avergonzada sí, pero caliente. Deseo que continúe. Quiero que el tipejo, que me produce un profundo asco al tiempo que despierta en mí una lujuria animal, siga haciendo lo que está haciendo. Nunca opongo la menor resistencia. Quiero más.* Termino masturbándome de cara al público. En ese punto ya no tengo la venda y puedo contemplar sus rostros grotescos, distantes sólo unos palmos. Ríen a carcajadas, hacen gestos obscenos, intentan tocarme, me jalean.

Llego al orgasmo siempre en ese momento.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Sábado, diciembre 7, 2002, 13:35

Laura, tu fantasía tiene la belleza de lo genuino, de lo natural en la cúspide de la lujuria. Sabía que tu alma era capaz de semejantes desnudamientos y los esperaba.

Gracias.

Hace mucho tiempo que no conocía a una persona tan candorosa. De una virginidad tan auténtica. Ese candor y esa virginidad deben unirse a la alegría de la humillación, a la depravación, para formar la materia de la que surgirá tu nuevo ser. Ya está sucediendo.

Maestro Yuko está orgulloso de tenerte como alumna.

Te prohibiré algo: no vuelvas a hablar de inmundicia ni suciedad al referirte a tu persona. Eres un ave inmaculada, una sacerdotisa que busca la pureza original en las cloacas de su naturaleza (una hazaña que muy pocos se atreven a acometer). Y esa pureza no se ve afectada porque te atrevas a comportarte y sentirte como una cerda, una perra o una puta. Todo lo contrario. Si no eres capaz de ser una cerda, una perra, una puta, si no eres capaz de ser extremadamente sucia, jamás podrás alcanzar la pureza. Como un ave impoluta, como una sacerdotisa virginal, así te ve tu Maestro al mirar a su alrededor y constatar la inmundicia de la sociedad y la vida contemporánea.

He comenzado a dibujar otra vez. No en mi mente, sobre papel de arroz. Los pinceles fluyen, por el momento, torpemente. Pero mejorará. Es cuestión de reencontrar las manos que pintaban. Ahora están extraviadas. Dibujo la obra en la que convertiré tu cuerpo, la obra que serás. Por ahora, eres manchas, brillos que asoman, arcos que se tensan, humedades que se resisten. Bosquejadas timideces.

La lluvia es infantil, me traslada a un mundo donde tristeza y dicha se confunden, y el tiempo es una especie de animal dócil y dorado.

¿Tienes hermanas?

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Sábado, diciembre 7, 2002, 18:10

Maestro, me abruman sus palabras.

¿De veras me ve así? Claro, si no, no lo diría.

Como siempre, Maestro Yuko tiene razón. Siento dentro de mí que lo sucio es limpio. Y una fuerza sublime (¿amoral?... ¿o es sencillamente una *moral verdadera*?) me impulsa a seguir adelante.

Disculpe mi torpeza al explicarme.

Quiero obedecer a mi Maestro.

Quiero sentir sus manos sobre mi piel.

Debo decir que Amo resulta de gran ayuda en mi empeño. Tiene la extraña facultad de saber lo que necesito, en ocasiones antes de que yo misma lo descubra. Por regla general, cuando plantea un nuevo juego siempre es exactamente el que anhelo y no me atrevo a pedir.

Maestro, estos días han sido intensos.

Muy instructivos.

Gracias a usted. Gracias a usted me atrevo a todo.

Ahora veo el mundo a través de sus ojos.

Amo me disfrazó de chacha (sucedió hace algún tiempo; ahora ya puedo contárselo). Así uniformada, quité el polvo, fregué la bañera y el inodoro, y restregué el piso a cuatro patas. Al principio me resultó muy chocante. Bochornoso, ridículo. Sobre todo cuando Amo hizo que contemplara mi imagen uniformada en el espejo. ¡Qué humillación! Pero duró sólo un momento. Cuando me apliqué a obedecer, la verdad es que disfruté muchísimo.

Maestro, tenga en cuenta que estas actividades eran para mí absolutamente nuevas. Nunca he realizado semejantes tareas. Excepto cuando era niña y jugaba con mis amigas a ser ama de casa.

Maestro, no sé cómo será para otras Sumisas y Amos, pero para nosotros una sesión siempre es un preámbulo. El preludio del acto

sexual. Si no lo hacemos, la sesión no está completa. Llegar a un orgasmo lo más bestial posible (y uso ese adjetivo porque me parece el más apropiado, ya que me abandono y aflora mi animalidad) es la cúspide de la sesión. De otra manera, Maestro, no creo que consiguiera la intensidad y el encanto que alcanza.

El final es como un premio.

Dígame algo sobre esto, Maestro. ¿El objetivo de la sesión debe ser humillarse, y sufrir, exclusivamente?

Espero sus sabios comentarios.

Maestro, tenemos una mazmorra. Una habitación pequeña que Amo ha acondicionado al efecto. Esto es algo que hace tiempo quiero contarle. Nos pareció que era importante si queríamos conseguir un ambiente apropiado para nuestros juegos. En la mazmorra se desarrollan las sesiones. Aunque también pueden tener como escenario el ámbito del piso. Carecemos de experiencia. Pero aprendemos rápido. Ayer aconteció la más intensa de las sesiones hasta el momento.

Cuando llegué del trabajo, Amo estaba en su papel de Amo y ordenó que fuera directamente a la mazmorra. El atuendo de ejecutiva añadía morbo a la situación. Arrojó mi bolso al suelo. Descubrí una nueva severidad en su rostro. Me colocó una venda, ató mis manos a una argolla fija en el techo y me bajó lo suficiente los pantalones para dejar al descubierto el trasero. No me tocó las bragas.

Quedé a la espera, de cara a la pared.

En cuanto me ponen la venda, asumo mi papel de Sumisa. Funciona así. La venda y las ataduras actúan como elementos liberadores. Me proporcionan la *coartada* que necesito para entregarme. Ya no soy responsable.

A continuación, Amo procedió a azotarme. A lo más que habíamos llegado era a colocarme sobre sus piernas, como se hace con los niños malcriados, y darme palmadas en el culo. O a atarme en una posición incómoda, después de propinarme un par de bofetadas, y dejarme así un buen rato. O a alguna que otra azotaina leve.

Lo disfruto mucho.

Pero lo de ayer fue diferente.

Esta vez era un castigo serio.

Lo que me excita es sentirme a oscuras e indefensa. El dolor de los azotes se convierte rápidamente en lujuria. Cuando hace una pausa, quiero más. Quiero que deje marcas en mi cuerpo. Quiero llevar sus marcas.

Primero utilizó una especie de látigo. Diez trallazos firmes que me obligó a contar en voz alta. Pausa de unos cinco minutos. Le oí abrir la nevera, servirse algo de beber. Una cerveza, posiblemente.

Al regreso, me bajó las bragas y fustigó mi trasero con una vara de bambú. Escocía mucho más y, como los zurriagazos aterrizaban sobre carne ya martirizada, el dolor resultaba mayor. Traté de evitarlo, pero al final chillé y lloré. Otra pausa. Larga. Durante esos períodos, mis nalgas ardientes ocupaban el primer plano. Llamas que invadían mi sexo, mi corazón y mi cerebro. ¿Qué sentía? Agradecimiento. Alguien me ponía donde merecía estar, alguien me permitía ser lo que soy. ¿Una cerda sucia? ¿Una perra indigna? ¿Una puta vejada? Todo eso, pero sin culpa. Con alegría. Como si poder ser una cerda, una perra, una puta significara un honroso galardón. ¡Lo es! Pero, sobre todo, sentía agradecimiento. Lo que más deseaba en el mundo era que Amo me permitiera lamer sus manos, sus pies, su polla.

Al final de la pausa, azotes con una fusta de cuero. Conté a gritos. Se me aflojaron las rodillas. Apreté los dientes. Contraje el culo. Sollozos. Fueron un total de treinta latigazos. Después Amo se marchó nuevamente. Estuvo mucho tiempo fuera. Adormecida, entre mocos, lágrimas y dolor, sentí algo semejante a la gloria. A la seguridad infantil.

El paraíso debe de ser algo parecido a lo que sentí.

Concluida la zurra, desatada, de rodillas, Amo puso su polla al alcance de mi boca. La devoré como si fuera el primer alimento de un hambriento. Bebí su contenido como si se tratara de agua fresca después de permanecer días perdida en el desierto.

Después, Amo me folló analmente, hasta que me corrí sin tocarme.

Lo que Amo ha bautizado como «correrse por el culo».

Entonces dio por concluida la sesión.

Dormimos abrazados, como niños.

Sí, tengo una hermana. Cinco años mayor que yo. No nos llevamos demasiado bien. Tiene la capacidad de incordiarme. Es negativa y protestona. Hipócrita y petulante. Quejica y malcriada. Aunque la vida ha sido generosa con ella. Posee una familia espléndida y un marido, Alberto, guapo, paciente y divertido. Hace mucho tiempo (yo era muy joven; aún no me había casado), después de una bronca más áspera de lo habitual con ella, evalué la posibilidad de follarme a su marido. Para molestarla. Por aquellos días

Andrea tenía una aventurilla con un compañero de trabajo. Se me ocurrió seducir a Alberto, cosa que por otra parte no creo que entrañara mucha dificultad a juzgar por la atención que ha dedicado siempre a mi trasero, y luego decirle a Andrea, de manera casual: Ah, ¿sabes que me follé a Alberto?, como tú andabas con ese chico pensé que no te importaría...

Pero fue una idea al calor del momento. No sería capaz de hacer algo así.

Se lo cuento todo, Maestro.

¿Pinta usted mi alma, mis deseos, mi carne, mis posibilidades?

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Lunes, diciembre 9, 2002, 23:58

Sumisa Laura, el dolor y el sufrimiento nunca son finalidad, salvo para algunos pervertidos disfrazados de religiosos. Gente enferma. Gente retorcida y turbia. La finalidad es el Conocimiento y la Sabiduría: la humillación, el dolor y el placer son maneras de llegar a ese Conocimiento y a esa Sabiduría. La humillación y el dolor son vehículos para el viaje. Nos ayudan a descubrir un universo nuevo que trasciende nuestra torpe percepción de la realidad y del goce físico. Un universo de libertad.

Durante la sesión, la Sumisa se precipita en un abismo que es también cielo.

Tú lo comprendes y lo sientes (que es más importante) de manera natural.

Coincido contigo, Amo resulta una gran ayuda en la búsqueda de tu Sumisa.

Mi especialidad es el bondage, como sabes, pero aseguraría sin temor a equivocarme que la sesión a la que Amo te sometió es de gran calidad. Apasionada al tiempo que elegante.

El final lo considero apropiado. Una pincelada de depravación no desprovista de lirismo, de infantil candor. Toda depravación es infantil.

A cierto nivel, los orgasmos devienen expresiones sagradas. Criaturas que acceden a praderas intemporales.

¿Por qué prescindir de ellos? Todo lo contrario, hay que cultivarlos.

¿Cuánto tiempo duraron las marcas?

¿Las llevaste con orgullo?

En la calle, en el trabajo, ¿te sentiste superior a las otras mujeres al notar el ardor del castigo en tus nalgas?

Juan Abreu Diosa



Pinto el perfil de tu alma, la respiración de tus deseos, el olor de tu carne, la música de tus posibilidades.

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Viernes, diciembre 13, 2002, 18:10

Maestro, me ha pasado algo muy divertido en una de esas fiestas a las que estoy obligada a asistir por motivos de trabajo. Había unas cien personas. La mayoría hombres. Ejecutivos bien empaquetados, encorbatados. Serios, inmersos en su papel de gente importante para la sociedad. Bueno, yo estaba allí y me presentaban a estos hombres. Todo muy protocolar. Apretones de mano, besos en las mejillas. Frases corteses. En un punto, se me ocurrió cambiar el protocolo. En mi mente, claro. Imaginé que los desconocidos, en vez de extender la mano para saludarme, extendían la polla. Llegaban frente a mí, se bajaban la cremallera, sacaban sus cositas y yo las estrechaba, las sopesaba y decía: Hola, mucho gusto, un placer conocerlas.

Fue muy divertido, Maestro. Estar allí, tan compuesta, profesional y domesticada en el exterior, y tan libre y desfachatada en el interior.

Incidentes de este tipo están relacionados, supongo, con mi fantasía de la *Mujer Primitiva*. De las cavernas. La fantasía comenzó después de ver un documental en la televisión que recreaba la vida de una tribu de australopitecos. Tropezaban con una hembra solitaria de otra tribu o manada. La hembra se mantenía a distancia del grupo. Un macho se acercaba a ella y la olía un poco. El sexo, sobre todo. Después la ponía a cuatro patas y la penetraba. El jefe de la tribu, al notarlo, acudía belicoso, lo apartaba a mamporros, y procedía a montar a la hembra. Para demostrar su autoridad.

La hembra se dejaba hacer.

Yo, que siempre he visto el sexo de manera extremadamente natural, siento envidia de esa hembra. La idea de que un macho pueda llegar, ponerme a cuatro patas y follarme sin mediar palabra siempre me ha resultado extremadamente excitante.

Me masturbo con este tipo de fantasías.

De ahora en adelante incorporaré a mi repertorio de fantasías la de una fiesta en la que varones desconocidos sacan las vergas

cuando llegan frente a mí. Yo las estrecho, las sopeso, evalúo sus posibilidades, a manera de saludo: ¡Hola! ¿Cómo está? El placer es mío...

Otorgo a la imaginación un papel muy importante, sexualmente hablando. El noventa por ciento de la vida sexual transcurre en el cerebro, tal y como lo veo.

Maestro, he perdido peso en las últimas semanas, me arreglé el pelo (cortando las puntas, lo mínimo). He regresado al gimnasio. Quiero músculos. Estoy muy atractiva; lo dicen todos y mi rostro rezuma soberanía y ganas de vivir.

Sí, llevé las marcas con mucho orgullo. Duraron varios días; Amo soltó el brazo con ganas. Los verdugones en mis nalgas y muslos eran condecoraciones. Miré con lástima a mis compañeras de trabajo. No tienen ni idea de lo que unos buenos azotes en el culo podrían hacer por ellas.

Me sentí superior.

Maestro, mi coño se siente muy depravado.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Martes, diciembre 17, 2002, 00:42

Laura, paciencia, tu Maestro se encargará de domar ese depravado coño. Que, sin duda alguna, es más hermoso cuanto más depravado.

Conseguiré que vibre como un instrumento musical. Que se manifieste con voz nueva.

Veo que el momento se acerca, apreciada pupila. Ya mi mano danza sobre el papel. Ha recuperado sus fuerzas, su destreza. Las formas afloran voluptuosas y consistentes. Ya tengo una idea bastante precisa de aquello en lo que te voy a convertir.

Quiero que compres todo lo necesario para pintar a la acuarela. Comenzarás por representar una fruta. La que quieras. No importan los resultados que obtengas, por el momento. Lo que me interesa es que tu mano y tu espíritu se interesen por crear.

Aunque al principio te sea difícil de entender, explorar tus aptitudes artísticas ayudará a convertirte en una mejor Sumisa.

Existió (hasta el punto en que puede hablarse en pasado de artistas de esta categoría) un pintor llamado Kitagawa Utamaro, se formó en Edo, hoy Tokio, con el artista Tiryama Sekien, de la escuela Kano. Es conocido, fundamentalmente, por dos álbumes de xilografías titulados *El libro de los insectos* y *El poema de la almohada*. Utamaro fue un gran vividor, que frecuentaba los ambientes que aparecen en sus obras. Cuando, en el siglo XIX, sus imágenes llegaron a Occidente, causaron un gran impacto. Los primeros en admirarlas fueron los impresionistas, pero más tarde se inspiraron en ellas las vanguardias del siglo xx. Su trabajo más valioso son las estampas características del estilo *ukiyo-e*, que representan escenas de teatro, actores y prostitutas en el famoso Yoshiwara, el barrio del placer de la ciudad. El álbum titulado *Doce vistas de fisonomías de bellas mujeres* es extraordinario. Los bustos de sus damas libertinas son retratos de diosas que reclaman ser sometidas a una sesión de bondage.

Trata de verlas.

Juan Abreu Diosa



Ayudan a perfeccionar la mirada.

Adorable Sumisa, has de superar otra prueba.

Tengo una orden para ti.

Debes sustraer unas bragas usadas a tu hermana y entregárselas a tu Amo. Él hará con ellas lo que estime conveniente. La prenda debe ser usada, es decir, tiene que conservar los olores de Andrea.

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Domingo, diciembre 22, 2002, 11:23

Maestro, lo depravado de su encomienda me ha hecho dudar.

A mí, que pensé que ya no albergaba dudas, que sería capaz de obedecer sin titubear cualquier orden de mi Maestro...

He vivido días turbulentos. Acosada por la incertidumbre.

La batalla ha sido dura.

Amo, sabiamente, se ha abstenido de opinar al respecto.

Maestro Yuko, esta Sumisa ha descubierto que tiene límites.

Pero ¿no es eso precisamente lo que desea mi querido entrenador, que descubra esos límites y los borre?

He experimentado, hasta hoy, una fuerte resistencia a cumplir su orden.

Tal vez por eso es tan importante cumplirla.

En cierto momento, estuve a punto de escribir un mensaje solicitando un cambio de tarea.

Pero me contuve a tiempo.

Obedeceré.

¿Pintar a la acuarela?

Por supuesto, lo haré. Pero jamás, por favor, pida usted ver los resultados. Me moriría de vergüenza. Amo se ha divertido mucho al conocer su orden.

Maestro, anoche tuve un sueño de sumisión. Muy vivido y extremadamente perverso. Consistió en una sucesión de escenas:

Escena 1: Estamos de visita en casa de un amigo, T., que vive

en Osaka. Ofrecen un pequeño ágape en honor de la pareja de Barcelona. Entre los invitados, hay dos Amos. Los ha llamado T. a petición de Amo (marido). Quieren saber si soy digna de una sesión con ellos. Sé que están ahí, pero no los puedo identificar. Me siento observada. Debo comportarme como una verdadera Sumisa.

Escena 2: Los dos Amos le dicen a T. que desean someterme a una prueba. Nos dirigimos a una habitación, acompañados de mi Amo. Una vez allí, uno de los Amos pide que me quite los pantalones. Luego ordena que meee en las bragas, de pie. Como la orina no sale, recibo un bofetón. El otro Amo palpa. Comprueba que han brotado algunas gotas. Mete los dedos mojados en mi boca. Colocada a cuatro patas, me abren las nalgas, examinan el ano. Invitan a T. a mirar. A continuación, un Amo me azota con una fusta. No chillo. He pasado la prueba. Quedamos para el día siguiente.

Escena 3: Las Sumisas de los dos Amos me preparan para la sesión. Baño, masajes en todo el cuerpo, especialmente en el coñito. Observan mis enormes labios vaginales y ríen. Tumbada en una camilla, me rasuran el coño. Una de las Sumisas se sienta en mi cara: se lo chupo. Después me visten y peinan a la manera tradicional japonesa.

Escena 4: Sesión con los Amos. Se suceden distintas posiciones, atada. Recibo una paliza. Sin piedad. Varas de bambú, fustas de cuero. Amo (esposo) hace un gesto para detener el castigo. Un Amo japonés lo tranquiliza. Continúan. Cuando ya no sé si estoy viva o muerta, dan por terminada la paliza y me ofrecen sus pollas. Para concluir, permiten que chupe la de mi Amo.

Escena 5: Me conducen a un tugurio de los barrios bajos. Los del local saben que los Amos llevan a sus Sumisas allí a pasar esta prueba. Tumbada en una mesa, me follan todos los clientes del bar.

Escena 6: Vamos a ver a un gran Amo. Viejo, arrugado, de unos setenta años. Voy vestida con un hermoso kimono, sin nada debajo. El Amo está sentado en una silla. Ordena que me abra el kimono. Después, que me ponga a cuatro patas, mirándole. Se saca la polla. Con un gesto, hace que me aproxime; la introduce en mi boca. Comienzan los azotes. Atan mis manos a la silla del gran Amo. La paliza es brutal. Lloro, chillo. En el momento álgido del castigo nos corremos, primero el gran Amo, luego yo.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Sábado, diciembre 28, 2002, 14:40

Sumisa Laura, he encontrado algunas recetas interesantes que deseo compartir contigo.

GRILLOS CUBIERTOS DE CHOCOLATE

Ingredientes:

25 grillos adultos

Chocolate semiamargo

Lava los grillos, sécalos y mételos en el congelador durante media hora o hasta que mueran. Arranca las patas y, si lo deseas, las cabezas, y hornéalos a 250 grados, hasta que estén crujientes. Calienta el chocolate al baño María hasta que se derrita. Sumerge los grillos en el chocolate uno por uno y ponlos a enfriar en una pieza de papel encerado.

Servir en una fuente de porcelana blanca.

*

HORMIGAS ESTOFADAS

Ingredientes:

1/4 kg de hormigas

1/4 kg de guisantes ya cocidos

1 cebolla tierna Sal, pimienta

30 g de mantequilla

50 g de tocino entreverado

Sofríe en una cacerola el tocino, cortado en trocitos pequeños,

con la mantequilla y la cebolla entera. Cuando el tocino comience a dorarse, añada los guisantes y un poco de sal. Revuelve para que se empapen de grasa. Añade las hormigas, mezcla bien con todos los ingredientes y añade pimienta. Al servir, retira la cebolla.

*

PAN DE GUSANOS

Ingredientes:

1/2 taza de manteca

3/4 taza de azúcar

2 plátanos triturados 2 tazas de harina

1 cucharadita de bicarbonato

1 cucharadita de sal

1/2 taza de nueces trituradas

2 huevos

1/4 taza de gusanos tostados

Mezcla todos los ingredientes. Colócalos en un molde engrasado y cuécelos en el horno a 350 grados durante una hora.

Todos los ingredientes puedes conseguirlos en la tienda de la que ya te hablé, en el mercado de la Boquería. Los grillos vivos debes pedirlos con anticipación. Las hormigas y los gusanos puedes comprarlos empaquetados, listos para cocinar.

Sugiero que un domingo soleado compartas con Amo alguna de estas exquisiteces.

Maestro Yuko

Juan Abreu
Diosa



De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Martes, enero 7, 2003, 23:07

Querido Maestro, la semana pasada, durante una cena familiar en casa de Andrea, pude hacerme con las bragas, cumpliendo sus órdenes. Las saqué de la bolsa de la ropa sucia y, antes de ir a esconderlas en el coche, me aseguré de que reunieran las características exigidas.

Amo no estuvo al tanto ni colaboró con la operación. Jugaba con Alberto y los niños, en el patio. Andrea estaba en la cocina, con mi madre. Después de recibir su orden, Maestro, Amo y yo no hemos intercambiado una sola palabra sobre el asunto. Concernía exclusivamente a mi persona la decisión y, en caso de ser positiva, la obtención de la prenda.

Me sentí soez.

También como una niña traviesa.

El temor de ser sorprendida me produjo cosquillas en el estómago.

Cuando me reuní con los demás, sentí un escozor por todo el cuerpo, sobre todo al mirar a Andrea y a mi madre a la cara. Pero no era vergüenza. El escozor tenía algo de juguetón. Algo sexual. Alberto no perdió ocasión de mirarme el culo. Me gustó. Se lo dije a Rodrigo, que lo encontró divertido y me sugirió provocarlo un poco. ¡Es tan depravado!

De noche, ya de regreso a casa, entregué a mi Amo el trofeo.

No hizo ningún comentario.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Viernes, enero 10, 2003, 21:30

Sumisa Laura, la madrugada del miércoles fue muy productiva. Conseguí una obra de calidad. La primera en mucho tiempo. Es algo que tengo que agradecer. Pensé que la vejez y la meditación (capaz de llenarnos totalmente y aletargar otras necesidades) habían acabado con mis impulsos creativos. Pero no es así. Tengo ante mí la prueba. Has despertado otra vez mi inspiración. Lo agradeceré aplicando todos mis conocimientos, experiencia y talento a tu sesión de bondage.

Un incienso hecho a base de hiratakuwagata en polvo, posiblemente, contribuyó a predisponer mis sentidos artísticos. Durante el día, gran cantidad de té vigorizante. Ejercicios respiratorios. La jornada transcurrió como un insecto que habita un espléndido jardín. Comencé a trabajar alrededor de medianoche. Antes, leí el *Hagakure*: «Hay dignidad en el esfuerzo y la asiduidad, en la serenidad y la discreción. Hay dignidad en la observación de las reglas de conducta y en el obrar rectamente. También hay dignidad en apretar los dientes y mantener los ojos abiertos». Apreté los dientes y mantuve los ojos abiertos. El humo del incienso propiciaba el enriquecimiento, la energía de la noche. Una energía como agua tibia, que impregnaba mis miembros.

Podía escuchar la savia latir en el interior de los árboles del patio.

A continuación, leí el diario de viaje del poeta Matsuo Basho: «Los meses y los días son viajeros de la eternidad. El año que se va y el que viene también son viajeros. Para aquellos que dejan flotar sus vidas a bordo de los barcos o envejecen conduciendo caballos, todos los días son viaje y su casa misma es viaje»... «Después de haber recorrido la costa durante el otoño pasado, volví a mi choza a orillas del río y barrí sus telarañas. Allí me sorprendió el término del año; entonces me nacieron las ganas de cruzar el paso de Shirakawa y llegar a Oku cuando la niebla cubre cielo y campos. Todo lo que veía me invitaba al viaje; tan poseído estaba por los dioses que no podía dominar mis pensamientos; los espíritus del camino me hacían señas

y no podía fijar mi mente ni ocuparme de nada. Remendé mis pantalones rotos, cambié las cintas de mi sombrero de paja y unté moka quemada en mis piernas para fortalecerlas. La idea de la luna en la isla de Matsushima llenaba todas mis horas».

Así, como la idea de la luna en la isla de Matsushima, la idea de la obra que intentaba aflorar llenaba mis horas. Obra que serás tú, Laura. Leyendo

las palabras del poeta andariego pensé en tu viaje. Yo, sentado en la madrugada, el tarro de tinta semejante al ojo de un calamar, frente a la hoja de papel, el pincel reposando a la espera, formaba parte de tu viaje. La madrugada era como un océano. La oscuridad del exterior ostentaba una calidad juguetona. Estaba repleta de rastros de estrellas, de transparencias misteriosas, de pequeños remolinos, de trotes y roces. Casi al amanecer, mi mano empuñó el pincel, dialogó con el ojo del calamar, con la porosa superficie del pliego. Yo apenas tenía conciencia de sus movimientos, toda mi atención estaba puesta en la imagen que flotaba en mi interior. ¡Qué hermosa! Por fin pude ver, adorable Laura, tu rostro y tu cuerpo.

Me apresuré a fijarlos, a convertirlos en la culminación de tu aprendizaje.

Maestro se siente gratificado por la oportunidad de acompañarte en el viaje.

Ha sido una agradable, rejuvenecedora experiencia.

El templo de Ryusyaku fue fundado por el gran maestro Jikaku; creo que te he dicho ya que es un lugar famoso por su silencio. El santuario se halla en la cumbre de una montaña. Pinos y robles en un paisaje que parece nacido del retozo de unos gigantes. Unos gigantes que encuentran placer arrojándose

enormes rocas, cascándolas como nueces, dispersando los restos. El musgo en las proximidades del templo es suave como la piel de un niño. El templo brota de las piedras. Frente a la hermosura tranquila del paisaje, el corazón se aquieta y «el son de las cigarras taladra rocas».

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com
Para: maestroyuko@wanadoo.es
Enviado: Viernes, enero 10, 2003, 23:54

Querido Maestro, ¡qué hermoso mensaje!

¿Nos aproximamos al momento en que podré conocerlo?
¿Significan eso sus palabras? ¿O las interpreto de la manera que más deseo? Han transcurrido largos meses desde su primer mensaje...

Quiero saber más de Bashō y, si es posible, leerlo. Maestro, cómo entenece mi corazón su voz. Si no fuera por usted, sería una hoja atrapada en un vendaval de culpas y miedos. De desasosiegos e inquietudes. Sin embargo, soy todo lo contrario. Soy esa roca de la que usted habla, en medio del hermoso jardín. Una roca llena de estabilidad y equilibrio. Una roca hermosa en su quietud, en su alegría de ser y servir.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Domingo, enero 12, 2003, 17:21

Matsuo Bashō nació en 1644, en Ueno. Bashō es su nombre literario, nació Kinkasu. Su padre era un samurai pobre al servicio de una poderosa familia. A los nueve años fue enviado a servir como paje de Yoshitada, heredero de la familia Todo. El joven Yoshitada era dos años mayor que Bashō, y pronto los unió una estrecha amistad, enriquecida por el amor común a la poesía. Los dos muchachos estudiaron el arte de la poesía con Kitamura Kigin (1624- 1703), discípulo de Teitoku y él mismo poeta distinguido. Se conservan poemas de esa época firmados por Sengin y Sobo, nombres literarios del joven señor y su paje. Sengin muere en 1666 y Bashō, apenado por esta prematura muerte, pide separarse del servicio de la familia; su petición es rechazada y el poeta huye a Kioto. Allí estudia poesía y caligrafía, lee a clásicos chinos y japoneses y tiene amores con una joven llamada Juteini, de la que poco se sabe. En 1672 Bashō se instala en Edo. En 1675 conoce al poeta Soin y durante algún tiempo es miembro de su escuela poética (Danrin). Publica varias antologías. Poco a

poco crea su propia escuela y lo rodean discípulos y admiradores. Pero la literatura es para él experiencia interior, intensa búsqueda: viaje. Transcurren años de meditación y aprendizaje bajo la dirección del monje Buccho (1643- 1715), maestro de Zen. Uno de sus admiradores, Sampu, hombre acomodado, le regala una pequeña casa cerca del río Sumida, en 1680. Ese mismo año uno de sus discípulos le ofrece como regalo una planta de banano (Bashō). La planta da nombre al hogar y luego al poeta mismo. Crece su fama. Emprende viajes, solo o acompañado, a pie, como un monje. Siembra poesía. En 1683 publica su primer diario de viaje; en 1687 escribe un relato de su excursión al santuario de Kashima y poco después inicia una larga excursión de once meses, origen de un tercer y cuarto diario. En 1689 da comienzo a la peregrinación que relata *Oku no Hosomichi (Sendas de Oku)*, su libro más famoso. Bashō tenía cuarenta y cinco años y el viaje duró dos y medio, aunque el texto sólo habla de los seis primeros meses. En el siglo XX, la zona a la que viajó el poeta se consideraba todavía un país remoto y abrupto. En

1694, otra excursión, esta vez a Nara y Osaka. En esta última ciudad cae enfermo, en el curso de una comida en casa de Ono, una discípula. Sus amigos lo transportan a casa de un florista, donde muere el 12 de octubre. Está enterrado en Otsu, a orillas del lago Biwa.

Curioso que tu sueño haya tenido por escenario la ciudad de Osaka, donde murió Bashó, ¿no te parece? Nada es casual. Todo es confluencia.

Sumisa Laura, sí, eres esa piedra en un jardín. En el jardín de tu Maestro Yuko.

Tengo para ti un ejemplar de *Sendas de Oku*. De ahí proviene la información que te envió. La versión al castellano de Octavio Paz y Eikichi Hayashiya es todo lo excelente que puede ser una traducción de esa envergadura.

El libro es un regalo que te será entregado al final de nuestra sesión.

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Domingo, enero 12, 2003, 18:19

Querido Maestro, espero agradecida el momento de recibir tan precioso regalo de sus manos. Que usted diga que soy la piedra que reposa en su jardín, la roca que lo engalana, hace que crezcan mis ansias de ser el suelo que mi Maestro pisa, el papel donde dibuja, el agua con que se baña, el alimento que come.

Sí, su alimento. Que me mastique, que me devore. No sería, en modo alguno, un evento pavoroso o truculento. Más bien el regreso a un país que, lo siento en mis entrañas, ya conozco.

A veces cierro los ojos, en la oficina, en casa, y pienso en usted. Está cerca de mí y eso me provoca un estremecimiento. Sus manos recorren mi cuerpo y me caliento tanto que tengo la impresión de deshacerme bajo sus dedos. También me siento humilde. Hace pocas noches, mientras leía, imaginé que estaba a sus pies, atada. ¡Qué paz inundaba su habitación, cuánto sosiego! Los ruidos de la calle llegaban amortiguados, como si su casa se levantara en el fondo de un lago. Usted trabajaba, concentrado, manipulaba los pinceles con gran destreza y yo, acurrucada en el suelo, era el ser más feliz de la creación. La posición en la que me hallaba era muy incómoda, pero el hormigueo de mis miembros inmovilizados resultaba embriagador. A pesar de la dificultad, cuidando mucho de no hacer ningún movimiento brusco, de no molestarlo, conseguí arrastrarme muy poco a poco, hasta alcanzar con mis labios sus pies desnudos. Los besé como si fuesen objetos sagrados.

Entonces, usted, Maestro, alzó la vista de lo que hacía y puso sus ojos en mí; a continuación una de sus manos descendió para dejar una levísima caricia en mi espalda.

¡Qué gozo!

Todo mi ser se convirtió en pura dicha.

Mientras imaginaba esta escena, no pude evitar masturbarme.

Obtuve un orgasmo delicioso, largo.

Amo, y su Sumisa y Alumna, Maestro, pasan por una etapa de exaltación sexual sin precedentes, hasta donde recuerdo. Sólo hablamos de sexo, dominación, entrega, y hacemos el amor con mucha frecuencia; lo que no nos calma, paradójicamente, sino que aumenta nuestra lujuria; la frecuencia de las sesiones también ha aumentado.

Amo aprende y cobra confianza, y yo soy la beneficiaría de sus avances.

Sí, mi sueño tenía lugar en Osaka. ¿Cree usted que constituía un homenaje inconsciente al poeta del que me habla?

Si existiese esa posibilidad, ¡qué hermoso sería!

¿No?

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Martes, enero 14, 2003, 22:50

Sumisa Laura, sí, sería muy hermoso. Los caminos de la Sabiduría y del Pasado son inescrutables. Tal vez todo esté conectado de manera insospechada y la muerte de un poeta viajero japonés en la ciudad de Osaka hace más de tres siglos sea la causa del sueño libidinoso de la aprendiz de Sumisa de un Maestro japonés en la Barcelona de nuestros días.

¿Por qué no? Si descartamos el misterio, ¿qué queda de nuestras vidas?

Yo también atravieso un período de exaltación, no sexual, sino creativa. Aunque estoy seguro de que ambas cosas son lo mismo. Al buscar la belleza, nos acercamos sexualmente al cuerpo de la Sabiduría. La inteligencia no sirve en estos casos. Más bien resulta un obstáculo.

Creo, medito, acostumbro mis manos nuevamente a la textura de las cuerdas. Las obligo a convertirse en seres vivos, en serpientes, en criaturas obedientes. Estudio lazos arcaicos, vetustos amarres. Confieso que ha sido fácil volver a mi antigua forma.

La otra noche, de una mancha de tinta y agua brotó un hiratakuwagata. Yo no hice nada especial. De súbito, simplemente, estaba ahí. Crear es siempre regresar a la infancia.

¿Cómo andan tus acuarelas? ¿Progresas?

Estoy listo para conocerte.

¿Lo estás tú, Sumisa Laura?

Maestro Yuko

De: laurasumisa@hotmail.com

Para: maestroyuko@wanadoo.es

Enviado: Sábado, enero 18, 2003, 9:38

Mi muy querido Maestro Yuko, Amo ha hecho uso de las bragas de Andrea. Pasaban los días y, francamente, pensé que no tomaría ninguna iniciativa al respecto. O que yo no formaba parte de sus planes, fueran los que fuesen. Pero el alma de mi Amo es perversa (lo digo embelesada) y anoche me llamó a su presencia en ese tono que indica que estamos en sesión. Imaginaba que sucedería porque el día transcurrió entre charlas acerca de sumisión, dominio, fantasías: son temas que nos excitan mucho.

Pensé que me ataría, y ya iba metiéndome en el papel, mientras me encaminaba a la mazmorra. Pero esta vez Amo tenía planes muy diferentes. Lo encontré desnudo, repantigado en un asiento, masturbándose. Tenía apretada contra la cara las bragas de Andrea.

Tuve que arrodillarme entre sus piernas y sustituir su mano por una de las mías. Él se concentró en oler mientras yo le hacía la paja. Lentamente. Disfruto haciéndolo. Otorga una enorme sensación de poder. Es como tener al varón agarrado por el alma y disponer de ella a tu antojo. Después de chupársela, es la manera más completa de poseer a un hombre.

Cuando recibía la correspondiente orden, depositaba en el glande la mayor cantidad de saliva posible, y continuaba con mi tarea.

Así estuvimos hasta que Amo alcanzó el orgasmo.

En ese punto, creí que todo había acabado. Pero no. A continuación, Amo dio a conocer nuevas órdenes.

Yo tendría que hacer exactamente lo mismo que él.

Al escuchar sus palabras se me estrujó el estómago. Dudé, pero Amo acudió en mi ayuda. Para facilitar la inmersión me cubrió los ojos con una venda, ató mi brazo izquierdo a la espalda, y me asestó algunas bofetadas. ¿Cuatro? ¿Seis?

Funciona.

Al instante sentí que era capaz de cualquier cosa. No había límites. *No hay límites.*

Gracias, Maestro, por enseñarme a descubrirlo.

Obedecí sin rechistar. El asco producido, hasta ese momento, por la sola idea de tener algo que ver sexualmente con Andrea, desapareció. O no... Tal vez sería más exacto decir que esa repulsión fue *también* lujuria. Me es imposible explicarlo. Pero algo dentro de mí fue lavado por una gran corriente liberadora. Una corriente que me transportó al país de la inocencia absoluta.

Abierta, en el asiento antes ocupado por Amo, procedí a masturbarme. Amo ensalivaba mi clítoris. Cuando lo creyó oportuno, aplicó la prenda contra mi cara. Puso cuidado en que la franja más «fragante» coincidiera con mi nariz.

Maestro, debo confesar que aspiré tal y como se esperaba de mí: anhelosa, enardecida. El olor, ya algo diluido, me llegó claramente.

Debo admitir que lo disfruté.

Estaba tan excitada por la perversidad de la situación y por la libertad ilimitada que experimentaba que creo que hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa.

Cualquier cosa.

Ante usted, soy capaz de reconocerlo.

No tardé en correrme.

Mi amado Maestro, de esta manera queda satisfecha su demanda.

Ahora respondo a sus preguntas. Estoy lista.

No sólo estoy lista, sino que deseo conocerle con todo mi corazón.

Progreso. Mucho; ya Amo no se burla del producto de mis esfuerzos. Soy torpe, claro está, pero consigo ver las cosas de otra manera, al pintarlas.

¡Y la acuarela es tan pura! Conocerlo me ha ayudado tanto, Maestro. Nunca podré agradecer bastante a la vida que lo haya traído hasta mí.

Sumisa Laura

De: maestroyuko@wanadoo.es

Para: laurasumisa@hotmail.com

Enviado: Domingo, enero 19, 2003, 19:50

Sumisa Laura, la demanda ha quedado satisfecha y el tiempo de espera ha llegado a su fin. Contemplo el papel y tu retrato aflora, exquisito. Sólo es una representación, pero gracias a ti, cobrará vida. ¿De qué sirve la vida si no dejamos huellas? Y no me refiero, como podrás imaginar, a la vana aspiración del artista cuyas obras tarde o temprano se diluirán en el tiempo y el Caos. Me refiero a la huella que dejaremos en las almas de los que accedan a la obra, a la medida, por ínfima que sea, en que sus vidas cambiarán al contacto con nuestro trabajo. Sí, nuestro. Maestro y Discípula se hermanan en la obra y dan lugar a una perfecta simbiosis en la que se tornan indistinguibles.

Ha llegado el momento.

Mi viejo corazón se alegra por nosotros.

He convocado a algunos amigos a nuestra sesión. Se han alegrado mucho, pues pensaban que las reuniones que organizábamos con Sumisas tiempo atrás habían terminado para siempre.

Es necesario que tengas un público educado y sensible a la hora de convertirte en obra de arte, en diosa; y lo tendrás.

Le escribiré a tu Amo para dejarle saber el lugar y la hora de la cita.

Maestro Yuko

Juan Abreu
Diosa



De: laurasumisa@hotmail.com
Para: maestroyuko@wanadoo.es
Enviado: Domingo, enero 19, 2003, 21:38

Maestro, mi corazón va a estallar de alegría y emoción... Las manos tiemblan sobre el teclado mientras escribo. No podía dar crédito a mis ojos cuando leí su mensaje.

¡Voy a conocerlo!

Los días que faltan hasta que esté en su presencia serán un infierno...

Sumisa Laura

Diosa



Ahora lo peor ha pasado, el taxi se desliza por Consell de Cent, estamos en pleno Ensanche, nos aproximamos al lugar donde él nos aguarda. Subimos por Paseo de Gracia. La ciudad se abre del otro lado de la ventanilla como una fruta madura cuya corteza, a punto de hundirse, puede mostrarnos en cualquier instante el interior de las cosas. Lo que hay detrás de la piel de las ciudades. Una mezcla de los sueños, los deseos, las realidades, las fantasías, las miserias y grandezas de sus habitantes.

Quedan atrás los días de ansiedad, las noches en vela.

A medida que se acercaba el momento de la gran cita se me hizo difícil guardar la compostura; hasta el punto de que algunas compañeras de trabajo me preguntaron si estaba enferma o tenía problemas en casa.

¡Problemas en casa!

Nunca he estado mejor en casa.

Fachadas exuberantes, transeúntes cadenciosos, hermosos ancianos de mayestático perfil y orgullosa mirada, autobuses congestionados y un airecillo gordezuelo, travieso, que fluye como una corriente marina. Apuestos profesionales de aire concentrado y lustrosos atuendos. Carteras de piel, corbatas de seda, cuellos perfumados. Mujeres de sexualidad a flor de piel, carnosas y andróginas, de bocas anhelantes y trasero firme. En los relucientes escaparates los maniqués son casi tan reales como la gente que los contempla. Banderolas que anuncian una obra de teatro, un concierto, la presentación de un libro. Jirones de música. Un grupo de uniformadas adolescentes en celo gesticula: el cuerpo es su reino, el mejor de los reinos, lo saben de una forma prearticulada; todo está por descubrir, el infierno y el paraíso, el amor y el macho, la miseria y la gloria, el éxtasis y la caída, la delicia de la carne y el escozor del miedo. El cielo parece la piel de un escualo.

La ciudad, a mi paso, se torna vagarosa, como si todos sus rostros lucharan por mostrarse al unísono. Veo su cara de los días de trabajo, cubierta de sudor y ruido, veo su maternal rostro de los domingos, lozano y recién planchado, veo sus pechos goteantes, desnudos, provocativos y saltarines en la noche, sus piernas

procazmente escarranchadas en la madrugada.

Cuando estamos a la altura de la Pedrera, Rodrigo me coloca una venda. El mundo desaparece y mi respiración se acelera. La tela me impide abrir los ojos. Pero aunque consiguiera abrirlos, algo que no intentaré, no vería nada.

¿Qué pensará el taxista? ¿A quién le importa lo que piense el taxista?

Hace mucho tiempo, fantaseaba con montar en un taxi, sin bragas. En algún punto del trayecto, abría las piernas de forma que el conductor pudiera verme el sexo a través del espejo.

Llevo un vestido azul de lino, holgado, y unos zapatos de tacón alto, que nunca uso. Nos rodea el rumor del tráfico, el olor de la ciudad, el bullicio de la gente.

Estuve horas eligiendo qué ropa llevar. Al final me decidí por un atuendo sencillo. Algo con lo que iría a cualquier reunión de amigos. Excepto los zapatos, que pertenecen a otra esfera. No me explico la razón por la que escogí estos incómodos zapatos.

La presión de la tela sobre mis párpados es deliciosa. Los músculos de mi rostro se tensan, como a la espera de una bofetada.

El taxi se detiene y bajo a trompicones, a pesar de la ayuda de Rodrigo. No estoy acostumbrada a estos tacones. ¡Y ando a ciegas! ¿Por qué me los habré puesto? Motor que se aleja. Rumor de pasos. Atravieso, tambaleante, la acera. ¿Qué pensará la gente? Sonido de un timbre. Interfono. Voz de Rodrigo. Firme y ajustada. Trasponemos la puerta. Ascensor. Subimos. El edificio es viejo, el aparato carraspea achacoso mientras asciende. Calculo que tres o cuatro pisos. ¿Cinco? Se apodera de mí un temblor, pienso que me desmayaré, creo que tengo fiebre. El sexo mojado. Me falta el aire.

Salimos del ascensor.

Extiendo un brazo, busco el apoyo de la pared. No lo encuentro. Una puerta se abre, escucho una voz femenina. Rodrigo me besa en la mejilla y murmura: Estoy muy orgulloso. Los tacones producen un ruido agudo contra el suelo de madera. Huele a té, a colonia masculina, a frescura de plantas, a manjares lejanos.

Escucho los pasos de Rodrigo, que se alejan.

La Sumisa que nos ha recibido se hace cargo de mí. De inmediato me descalza. El contacto con el suelo es muy agradable. Pienso que ya no hay vuelta atrás. Tampoco lo deseo. La Sumisa guía mis pasos, llegamos a otra habitación. ¿Un baño? Huele a agua, a jabón. A cosas suaves.

Unas manos aprietan la venda; a continuación, tras una pausa

que dura más de un minuto, sin que medie ningún tipo de aviso, arriban un par de bofetadas: firmes y contundentes.

Propinadas por manos diestras.

Eso te ayudará, afirma la Sumisa, en castellano; tiene una voz dulce y la imagino joven. Mi rostro arde. Mis labios se abren anhelantes.

Puedes llorar si lo deseas, añade.

Se me escapan algunas lágrimas.

A partir de ese momento, los acontecimientos suceden en el interior de una corriente tibia. Mañanas luminosas en el parque de la Ciutadella de manos de mi madre, el sabor de los bocadillos caseros, el brillo del sol contra un cielo pintado, manos protectoras sobre mi cabeza, el sabor del sudor y el rubor en mis mejillas; la oscuridad acaramelada bajo la manta en una noche invernal. El anaranjado resplandor del fuego. El aleteo del viento contra el cristal de la ventana. Navego sumergida. El tiempo se ha encorvado, forma un tubo flexible y tierno por el que me desplazo a gusto. Aplastada contra un muro de la escuela, un chico hermoso y torpe pega sus labios contra los míos por primera vez. Su lengua. Mis pezones, recién hinchados, duelen. Dientes, paladar, papilas gustativas. La luz hace rizos en la cabeza de mi padre que conduce el coche, yo voy sentada detrás, junto a otras niñas, y no puedo apartar la mirada de la luz que circunda su cabeza. Quiero que mi padre me toque, que me estreche contra su pecho. Olerlo. El paisaje corre veloz y es verde y el aroma de los pinos. Respiro inocencia, seguridad. Las paredes del tubo del tiempo son traslúcidas, iridiscentes como las alas de una libélula; las atravieso en una u otra dirección. Viajo. El tubo del tiempo es inmenso y mullido. Veo millones de personas que también navegan. Familias, amigos, amantes. Ríen, son felices. Los niños son siempre niños, nada se pierde. La escena transpira serenidad. Seguridad extrema. Me guía una sensación de plenitud nunca antes experimentada. Siento una ardentía en el vientre, no muy aguda, que no alcanza a borrar el deleite de tenerla dentro. Empuja. Sangre, me parte, me desfonda. Aferro el cuerpo adolescente, la espalda tensa las nalgas duras y abro las piernas como nunca antes. Cabellos rubios. Olor a vainilla. Saliva ardiente. Quiero que me traspase. Que me llene. Se corre, yo no. Esfínter. Desde la cocina llega el perfume de un guiso; es una mañana de domingo y vemos la tele. Por la ventana entra una brisa amarilla. Mi madre es un deseo irrealizado. El tubo del tiempo es un regalo, una visión.

Huele a leche.

¿Estoy despierta?

Sí, de una manera superior, lo estoy.

Varias Sumisas se encargan de asearme. Hacen bromas y ríen a propósito de lo mojado que está mi coño. Ninguna habla japonés. Dos son catalanas. Lo rasuran cuidadosamente. Cuando terminan, lo siento como un molusco monstruoso. Palpita. Alguien lo besa. Risas. Roces. Alaban mi cuerpo. Lo secan con una toalla caliente. Friccionan vientre, brazos, muslos, pechos. Luego me tumban boca abajo en una especie de banco alto del que mi torso, flexionado, cuelga. La presión en el estómago es considerable; contraigo los músculos abdominales para contrarrestarla. Las nalgas ocupan el centro; sobre ellas descargan una tunda que me hace sollozar. Usan una vara delgada, de bambú, tal vez. O una rígida fusta de cuero. Lloro, no exactamente de dolor; es dolor, sí, pero mezclado con deseo, algo de rabia y un descomunal entusiasmo infantil.

La azotaina (no insoportable, pero vigorosa; debo de tener la piel roja, marcada) concluye de la misma manera imprevista en que ha comenzado.

Las Sumisas, calculo que al menos hay cinco, besan mis lágrimas.

Esto me entiernece.

Deseo devolverles los besos, acariciarlas, hundirme en sus regazos, lamerlas.

No lo permiten.

Pasamos al salón donde se hallan los invitados.

Un lejano aroma de comida, susurros.

Alguien me libera de la venda.

Mantengo los ojos cerrados un momento, después los abro lentamente.

Estoy en una habitación espaciosa, de techo alto, típica de los pisos antiguos del Ensanche barcelonés. Puertas dobles. Suelo de frescas baldosas. La luz es tenue, pero permite distinguir perfectamente los detalles de la escena. Lo que representan los cuadros que cuelgan de las paredes (acuarelas sobre papel de arroz: cordilleras nevadas, bosques que surgen de la niebla, bestias que se aparean en soleadas praderas, un barquero encorvado sobre un largo remo en el espejo de un lago). Las copas alineadas tras el cristal de la vitrina. La expresión de los semblantes más alejados.

Me hallo en una especie de pedestal.

A mi lado está Maestro Yuko.

Sé que es él. Un oriental de alrededor de sesenta años, nervudo, de rostro rugoso y manos grandes. Las piernas, cortas, le dan un aire simiesco. Su cabeza, absolutamente rapada, no rebasa la altura de mi hombro. La cara, surcada por profundas arrugas, parece el producto de las habilidades de un escultor aficionado: los pómulos demasiado salientes, la boca demasiado grande, los ojos demasiado pequeños, la nariz demasiado aplastada. Sin embargo, el conjunto es, de una manera extraña, hermoso.

Hermosura que armoniza sabiduría, dolor, salvajismo y refinamiento.

Maestro posa sus ojos en mi rostro; son de miel negra. Lo escruta. Es como si la zarpa de un gran depredador me recorriera por dentro, con inexplicable ternura. Con cariño. Sus labios se separan, sus cejas son gruesas y pobladas.

Viste un kimono, chaqueta negra, pantalones de un gris apagado, y está descalzo. Su expresión es severa y la autoridad de su mirada trasmite tal fuerza, tal poder, que bajo los ojos e inclino la cabeza.

Es evidente que todos los reunidos admiten su autoridad sin cuestionarla.

¿Qué siento?

Me siento protegida.

Amparada.

Soy su esclava, mi ausencia de responsabilidades no conoce fronteras. Mi obediencia absoluta conlleva libertad absoluta.

Eso es lo primero que pasa por mi mente.

Con Rodrigo también me siento protegida, pero ésta es otra clase de protección. Esta protección es una deferencia con la que me premia un espíritu superior. Un espíritu paternal, eterno, del que nadie está desvinculado, cuyo rigor es siempre la más pura forma de amor.

Maestro está muy cerca; ni se me ocurre tocarlo.

Las piernas me tiemblan, pero no es de miedo. Es de pura ansiedad. Soy un animal que anhela el contacto de su Amo. Pero no es por castigo físico, que también, por lo que clamo; lo que necesito desesperadamente es ser reducida, lanzada a otra dimensión.

Es decir, liberada.

Quiero desaparecer, quiero diluirme, quiero ser en el Maestro.

Lo comprendo perfectamente.

Maestro libera, Maestro desata.

Ni siquiera pienso en que estoy allí desnuda, delante de un montón de desconocidos.

¿Qué puede importar eso?

En la habitación hay alrededor de veinte personas. Asiáticos, aunque también muchos occidentales. Si no deambularan entre ellos, atentas a sus deseos, media docena de Sumisas vestidas exclusivamente con largos pañuelos de seda roja anudados al cuello, la reunión podría tomarse por una ordinaria tertulia social de compañeros de profesión.

La atmósfera es reposada, agradable. No se respira ninguna tensión, ni siquiera un grado especial de expectación entre los presentes.

En el centro del salón, acomodado en una especie de silla alta que recuerda un trono, pero que es un mueble de exótico diseño, está Rodrigo. Los invitados se acercan a felicitarlo después de contemplarme. Lo hacen inclinando la cabeza o estrechando su mano.

Murmuran frases que no escucho.

Maestro Yuko saluda a los presentes con un movimiento de cabeza y, a continuación, se apodera de mí. No hay otra manera de describir su actitud. Ágil, apabullante al tiempo que delicado, procede a ejecutar sobre mi cuerpo un complicadísimo amarre. Danza. Cuerdas negras. Sus enormes manos vuelan sin apenas tocarme. Mil insectos luminosos entran por mis poros. Marchan formando nutridos batallones hacia mi baboso agujero. La proximidad de su cuerpo me asfixia. Su olor desata un incendio en mis tripas. Las cuerdas están vivas. La boca se me llena de saliva.

Jadeo.

Pronto estoy inmovilizada.

Mi cabello, recogido en lo alto de la nuca, forma un lazo que apunta al techo. El cuello, conectado a mi tobillo izquierdo, obliga a mi cuerpo a trazar una especie de arco. El muslo derecho se proyecta y se funde sólidamente a mis costillas. Una tupida red envuelve mi torso, dibujando figuras geométricas; mis pechos, cercados, propulsados, tiemblan. Una sogá cruza mi vientre y se hunde en el sexo; forma un nudo que coincide con mi ano y trepa por la espalda bifurcándose alrededor del cuello. De los pezones parten finos bramantes que se anudan a mi lengua. El acto de tragar provoca un tirón insoportable, sabroso. El menor movimiento de cabeza tensa la sogá que cruza mi vientre y hace que ésta se hunda en mi coño y que el nudo estratégicamente situado sobre el ano se esfuerce por entrar.

Algo, pequeñas serpientes, aferran los labios de la vulva y tiran de ellos en direcciones opuestas, abriéndola. Las serpientes circundan

los muslos y van a fijarse entre mis dientes. Cuando muevo la mandíbula, las serpientes tiran de mis labios vaginales.

El dolor, pero no es dolor, es tan delicioso que temo desfallecer.

Estoy en su boca.

¡Mástícame, tritúrame, ensalívame, trágame, digiéreme, excrétame!

Tengo la sensación de haber sido engullida por un organismo vivo que me inmoviliza en sus entrañas y comienza el proceso de digerirme. Sus líquidos gástricos me enchumban, me carcomen.

Siento que un orgasmo comienza a ascender desde el abismo insondable en el que habitan los orgasmos.

Soy leona en la sofocante sabana: los cuartos traseros levantados, la hierba quemada entre mis colmillos, contra el morro, las garras clavadas en la tierra. Un pesado macho me perfora.

Soy tiburona en celo: decenas de machos se pelean por agujerearme. Los ojos como planetas remotos, la piel lacerada, el cuerpo aplastado contra la arena.

Las Sumisas ponen a punto una polea en la gruesa viga que cruza el techo.

Supura el color de sus pañuelos, el escorzo de los brazos lo coronan manos de nieve. La nieve de las manos se funde al contacto con el acero de la polea. La viga es de madera renegrida y ondula como la cola de un dragón, escamosa e hirviente.

Una fuerza arrolladora propulsa mi cabeza hacia arriba. Mis ojos no caben en las órbitas. Lágrimas, lágrimas. Incandescencias. El aire que llega a mis pulmones quema. Centímetro a centímetro me elevo. La piel de mi cabeza se convierte en un creciente ardor. En un océano en llamas. Aprieto la boca para no dejar escapar un alarido. Alfileres en los pezones, dentelladas en la vulva. Descargas eléctricas en el ano.

Cuelgo del pelo.

Estoy en la barca que cruza el lago. El barquero clava el remo en el espejo de las aguas. El remo es un falo negro, el cielo es cremoso, la niebla porosa y la superficie del lago una vagina rosada en la que se hunde el falo negro. Licores rezuma la vagina. ¡Quiero beber, quiero beber! Los árboles musitan una cantinela infantil.

Todo sucede dentro de un hiratakuwagata.

Tengo en la boca su coriáceo sabor.

Después, cede un tanto la presión en el cuero cabelludo, poso el pie libre en el suelo, pero sólo un momento: el torso y las caderas

se despegan otra vez de la tarima. La pierna que no está atada al cuerpo se eleva. Me hallo suspendida a más de un metro del suelo. Formo un arco. Todas las cuerdas se tensan; por un instante, estoy convencida de que mi humanidad va a estallar, a partirse en mil trozos palpitantes. Trozos que caerán sobre la tarima.

Maestro devorará los pedazos más exquisitos, antes de exhortar a sus invitados a compartir tan delicioso manjar.

¡Descuartícenme, cómanme!, clama mi cuerpo.

Las sombras se apoderan del salón.

Excepto un pequeño reflector que me ilumina.

Llega el orgasmo.

No lo oculto: lloriqueo, gimo, bramo. Enseño los dientes como un caballo al que examinan en una subasta.

No es mi voz lo que se abre paso a través de la niebla espesa que me envuelve, es un desgarrar de loba en celo, de yegua penetrada. Un alarido de criatura en perfecta comunión con sus vastedades.

Trato, al mismo tiempo, de permanecer inmóvil. Intuyo que eso es importante para mi Maestro. Siento a Maestro Yuko latir dentro de mi cabeza como una presencia indiferenciable de mí misma. Somos un mismo líquido, descargas químicas, electricidad, amaneceres. No lo escucho, pero sé lo que quiere. Él, por su parte, me conoce como si yo hubiera salido de su vientre.

Un murmullo de admiración brota de los presentes.

Mi frente apunta al techo, no puedo verlos, pero puedo sentir que se han acercado para contemplar a gusto la obra de arte de Maestro Yuko. Una mezcla de excitación sexual y estética, una armonía musical llena el ambiente. Puedo sentirla con absoluta claridad. Penetra en mi garganta como un árbol candente. Recorre mis intestinos como el tañer de una campana milenaria. Todos se agrupan alrededor de mi cuerpo desplegado como un artefacto de diseño, como una escultura fabulosa, como el producto de una habilidad milagrosa y prohibida. Como una puerta mitológica. Como un ave de fuego.

Los japoneses intercambian frases en su idioma. También escucho palabras en castellano, en catalán. Nadie me toca. Sus voces me acarician el alma.

Quiero ser las baldosas que pisan, la luz que los alumbró, los cojines sobre los que se sientan, el aire que entra en sus pulmones.

Mi sexo escupe contra la tarima.

¿Qué siento?

Inocencia.

Soy la Diosa de la Inocencia.

Una embriaguez espesa se apodera de mis sentidos. No obedece a causas externas, es un estado de éxtasis propiciado por la entrega, por la libertad. Dejo de sentir la presión de las cuerdas. Mi lengua crece, soy una lengua. Una medusa hambrienta. Un animal desbocado. En cierto momento, estoy segura de flotar. Levito, adorada por el mundo, por las multitudes. ¿Qué ha sido ese líquido que ha salpicado la tarima? Brotó de mi interior, a chorros, como la corrida de un hombre.

No sé por cuánto tiempo permanezco expuesta.

Los invitados, después de dedicarme durante un rato su atención, de felicitar a Maestro Yuko y darle muestras efusivas de su admiración, se dedican a beber y a conversar. Se trata de un ágape elegante, refinado. Soy un adorno, la pieza de arte que preside la exquisita reunión. Pero que ya no acapara de manera totalizadora el interés.

Una de las Sumisas anuncia que la cena está servida. Todos abandonan la estancia.

Durante un largo intervalo, llegan murmullos de conversación, tintineo de copas y cubiertos, alguna risa. A través de las lágrimas que anegan mis ojos veo un resplandor que asoma por la puerta que da al comedor: las figuras veloces de las Sumisas que de tanto en tanto atraviesan el espacio cargadas de fuentes y bandejas.

Las ataduras emiten un crujido ronroneante.

Floto.

En una ocasión alguien, ¿Maestro?, examina mis extremidades, afloja ligeramente un lazo, modifica el ángulo en que una cuerda oprime el muslo.

Floto.

Soy un pájaro, un pez volador, un centauro al galope, un objeto precioso enterrado en las profundidades marinas. Un alpinista en la cima de la cumbre más alta. Soy la meretriz reina que escapa de palacio para fornicar con los marinos borrachos. Soy una alegría primigenia, una fuerza subterránea, un fauno montando ninfas en lo profundo del bosque. Soy el ejército invencible ante las murallas de una ciudad, una virgen sodomizada por un toro. Soy una mariposa nocturna fascinada por la luz, un insecto bisexual que se autofecunda.

Soy el coloso del cuadro de Goya dominando el horizonte, una amazona que doblega a su amante. Soy el delicadísimo brote de una planta, húmedo de savia, que emerge del tronco helado al arribar la primavera.

La sangre se agolpa en mi cabeza y ante mí se despliega un océano rojo, insondable.

Entro.

Desde donde cuelgo puedo ver un hiratakuwagata. Tiene el tamaño de un hombre. La atmósfera del salón se espesa hasta parecer gelatina. Sangre coagulada. Semen rojo. Las patas poderosas, el caparazón resplandeciente, acogedor como el hogar. Abre y cierra las tenazas. Llega hasta mí, me cubre.

Concluida la cena, los invitados regresan. Forman nuevamente un círculo a mi alrededor. Maestro Yuko hace que las Sumisas me descuelguen. Con sumo cuidado, como si yo fuera de fragilísimo cristal, depositan mi cuerpo sobre la tarima mojada. Amo Yuko afloja las amarras. Intento, arrastrándome, besarle los pies, pero no puedo moverme. Mis miembros no obedecen. Como si llevaran siglos en desuso. Millones de agujas horadan cada centímetro de piel. Cuando los bramantes liberan mi lengua, dejo caer la cabeza, aplasto el rostro contra la madera y, con movimiento agónico, busco con la lengua el líquido escupido. Lo encuentro: es una especie de almíbar, de miel transparente.

Cada vez que las manos de Maestro Yuko rozan mi anatomía, me estremezco de placer. ¡Qué pequeña soy, qué insignificante, cómo me disuelvo a la sombra de su poder, cómo toco la felicidad con las manos!

Soy como Alicia, la niña del cuento, que cae por un túnel de sombras hacia un mundo maravilloso e iluminado. Pero en vez de seguir a un conejo, voy detrás de un coleóptero descomunal.

Ojalá el contacto durara un poco más.

¡Que dure un instante más, que dure un instante más! Suplico en silencio.

Cuando Maestro termina de moverse a mi alrededor, estoy nuevamente atada. Con cuerdas más suaves, de factura menos áspera. Reptiles amorosos y austeros. Esta vez, soy una mesa. No puedo articular ni el más mínimo movimiento. La grupa alzada, la cintura quebrada, la espalda encorvada, la frente sobre la superficie

de la tarima.

Hay un momento de expectación. Como si todos aguardaran las palabras del artista, pero la voz de Maestro Yuko no se deja escuchar.

¡Cuánto me gustaría oír su voz!

La imagino gruesa, aceitada como una espada.

Han situado una mesilla metálica a mi lado. Sobre ella están los materiales que mi Maestro necesita para el nuevo ritual. Para la nueva obra. Ruido de cerillas al encenderse. La luz se atenúa. El reflector me enfoca.

Ahora, muchos de los espectadores se hallan en cuclillas. Si tuerzo un poco el cuello, puedo ver algunos rostros. Un oriental de rasgos acerados, de pelo muy lacio; una mujer mayor, al menos sesenta años, cuyo rostro exhibe una devoción indefinible; un joven occidental de mandíbula prominente, piel tersa y ojos azulísimos; un ejecutivo elegantemente vestido, que lleva corbata a rayas.

Los distingo como embadurnados, como cubiertos de una película láctea.

Maestro Yuko comienza a dibujar con cera ardiente sobre mi cuerpo. ¿Dragones? ¿Odaliscas? ¿Paisajes nevados? ¿Lagos encantados? Mi espalda y mis nalgas son su lienzo.

Salvo el primer momento de sorpresa, no siento apenas dolor.

Vuelvo a sollozar de ternura, de agradecimiento.

Muy quedo.

Las gotas, los chorros, los barridos de algún instrumento en forma de espátula o pincel, ¿o son sus sabios dedos?, se abaten sobre mi piel despertando matices, siluetas, paisajes, animales fabulosos. La admiración se apodera de los presentes. Escucho exclamaciones de asombro, de sorpresa.

Resuena un respetuoso aplauso.

¿Pasa el tiempo?

Los rostros al alcance de mi mirada se han transformado: lucen enardecidos; una dama aprieta los dientes. Asoma una lengua, pegajosa. Un anciano despliega una sonrisa extraña. El hombre trajeado se mete dos dedos en la boca, los ensaliva. Los orificios nasales tiemblan. Una mano entra en un escote. Unos muslos se abren. Un torso se desnuda.

La confección de la obra se prolonga durante ¿veinte minutos?, ¿cuarenta?; no lo puedo determinar.

Cuando Maestro concluye, se repite la misma escena que al final de la obra colgante. Coro de aclamaciones, apretones de manos, palmadas en la espalda, inclinaciones fervorosas.

Alguien interpreta una melodía dulcísima al piano. Los invitados se mueven en dirección al sitio del que surge la música.

Las copas, en la vitrina, centellean amablemente. Hay una llave dorada en la cerradura, que no había descubierto antes. Sobre el mueble, figuras de porcelana. La pared es azul pastel. El roce de los pies sobre las baldosas. La cómplice humedad de la madera.

La música afloja mi cuerpo engarrotado. Fluye por mis músculos, por mi carne exhausta. Por mi espíritu enchumbado.

Antes de alejarse, Maestro planta una vela en mi ano.

Han retirado la mesilla. La cera resbala, quema el orificio, se desliza hasta los labios vaginales.

Aprieto los dientes ante el primer ardor. Pero pasa enseguida.

Por un rato, permanezco allí, como un faro en la penumbra del desierto salón.

Un faro que guía en noches tormentosas a intrépidos navegantes. Un faro que muestra a fatigados viajeros el camino a casa.

Luego, se inicia el peregrinaje hacia la tarima. Los invitados se inclinan sobre mí.

Pronto el aroma de los habanos llena la habitación.

¡Soy un mechero!

Me emociono otra vez, hasta las lágrimas.

Gracias, gracias, musito.

¿Qué siento?

Entrega.

Soy la Diosa de la Entrega.

Cual turbia criatura, el tiempo.

Cuando la vela está casi consumida, una Sumisa la desencaja de mi ano. Dentro de mí, todo está hecho de nudos y, de súbito, los nudos se deshacen como esclusas que se desbordan sobre un territorio fértil. Me derramo, soy una crecida. Todas las plantas, los animales de la región entonan un canto de alabanza por mi llegada.

Las aves se elevan, ¿danzan? La tierra se impregna de mis líquidos y se revuelve gozosa. Millones de insectos copulan en las sombras y sobre la superficie de las piedras iluminadas.

Después de descender al más oscuro rincón de mí misma, tal y como aseguró Maestro Yuko que sucedería, veo abrirse una puerta y accedo a un recinto de pura luz. Todos se inclinan a mi paso. Mi cuerpo es de una belleza irresistible, de un immaculado candor, de una inmarcesible inocencia; mi mirada es capaz de mover montañas. Al fondo de la habitación hay otra puerta refulgente. Cuando me acerco,

se abre. Rodrigo espera tras ella. La devoción de su rostro es la de un niño. De la mano, echamos a andar por un camino que discurre entre prados florecidos.

Ama, susurra mi amado.

Estoy segura de que mi carne se ha reblandecido, de que cualquiera puede usarme a manera de crema comestible. Para untar el pan con que acompaña su cena.

La música caldea el ambiente. Quizás alguien ha encendido un fuego en la chimenea. Creo percibir el rico olor de los leños, el crujido de las llamas, pero no estoy segura. ¿Cómo puedo estar segura, sumergida en este líquido espeso, candente? Vuelo otra vez por el tiempo curvo, los lindes entre mis percepciones se funden, se borran y creo ver lo que huelo, y oler lo que veo y degustar lo que respiro.

No soy una persona, Laura Valero no existe, soy el deseo de mi Maestro. Soy la alegría de su casa. La sinceridad de su casa. El amor de su casa. La sabiduría de su casa.

Maestro desata las cuerdas. Maestro hace que me incorpore.

¡Qué serenidad la de su rostro, qué satisfacción!

Una oleada de orgullo me invade.

Sus ojos besan mi rostro. Sus labios besan mis ojos. Sus manos recorren mi anatomía y un calor delicioso se desencadena a su paso. Maestro me abraza. Me acepta, me bendice.

Convertida en miel entro en su pecho, aspiro su olor.

Huele a bosque, a grillo, a tejido nocturno, a agua fresca, a luz.

A niño.

En torno nuestro, los invitados copulan fieramente.

Tiemblo de puro gozo.

¿Qué siento?

Poder.

Soy la Diosa del Poder.

¿Qué otra cosa recuerdo de aquella noche? Recuerdo un libro en mis manos.

Despedida



Quien haya llegado hasta aquí tiene un corazón fuerte, una mente libre y un espíritu curioso.

Agradezco la compañía.

Ésta es mi aventura. La crónica del viaje hacia mí misma, hacia la libertad.

Se habla mucho de la libertad en términos abstractos; pero la libertad es lo que cada uno de nosotros se atreve a hacer de ella. Día a día, minuto a minuto. La libertad es madre de una nueva realidad. Una realidad superior, nutriente y candorosa. Una realidad difícil, pero alcanzable.

A partir de la noche en que tuvo lugar la sesión terminó mi correspondencia con Maestro Yuko. Ya no resultaba necesaria, pues nuestro contacto se hizo personal.

Necesité tiempo, semanas, meses, para digerir, para convertir en sustancia alimenticia lo acontecido. Extensas charlas con mi Maestro resultaron muy útiles. Cuando concluyó el proceso, sentí habitar en mi interior una fuerza nueva.

Veo a Maestro Yuko con frecuencia. No ha vuelto a convertirme en obra de arte. Quizás la mía haya sido su última obra. Ahora me da clases de pintura. Continúa siendo mi Maestro, además de un gran amigo.

Es la persona más humilde, sabia, generosa y tierna que conozco.

He mandado enmarcar mi primera acuarela. No quedó tan mal.

Poseo cierto talento, eso dice mi Maestro. Ahora me atrevo con retratos femeninos, al estilo de nuestro admirado Kitagawa Utamaro.

Hasta el momento, mi «obra maestra» es mi autorretrato. Maestro le ha encontrado sitio en su habitación, lo que me llena de orgullo.

En verano, escapamos a las montañas. Los paisajes del Pirineo leridano transportan a Maestro Yuko a los parajes de su infancia. A

Rodrigo le insufla una especie de energía salvaje. Entre las rocas, en los tupidos despeñaderos, junto a los caudalosos torrentes vuelven a ser niños. Yo hago de madre de ambos durante las expediciones. Una madre algo incestuosa, pero madre al fin. Capturamos saltamontes, variedades de hormigas, nos bañamos desnudos en pocetas de agua helada. Maestro se encarga de preparar algún delicioso guiso. Llegada la noche, acampados, nos tendemos a contemplar el cielo plagado de estrellas, hasta dormirnos colmados de inmensidad.

Conversar con mi Maestro es un privilegio invaluable. Su más reciente obsesión es traer algunos hiratakuwagatas de contrabando de su próximo viaje a Japón. Dice que hay posibilidades de que arraiguen en los pedregales de Montserrat.

Intentamos disuadirlo.

Por el momento, sin éxito.

Algunos sábados mágicos, nos reunimos en su piso y confeccionamos suculentos (y extraños) platos. En ocasiones nos acompañan amigos que recuerdan con emoción la última obra de Maestro Yuko.

Me tratan con enorme deferencia y respeto. Como a un gran personaje, como a la protagonista de una aventura fabulosa.

Considero la experiencia como Sumisa parte fundamental de mi desarrollo vital. La atesoro en mi alma. A ella debo los momentos de éxtasis sexual y humano (¿debo agregar estéticos, religiosos?) más profundos y enriquecedores de mi vida. Ha servido para unirme más a Rodrigo, para amarlo más, para fortalecer nuestro amor.

Cuando sea una viejecita, recordaré la noche en el piso del Ensanche como uno de los momentos por los que valió la pena vivir.

¿Cómo me siento después de haber realizado ese viaje, después de tantos instantes de angustia, de terror, de exaltación, de dolor, de vergüenza incalificable, de extrema libertad, de gozo apenas soportable? Me siento poderosa. Segura. Mi rostro en el espejo posee una veracidad emocionante. Una autenticidad hasta ahora desconocida. ¿Qué he aprendido? Que el conocimiento está íntimamente ligado al sexo. No me refiero al conocimiento intelectual, esa acumulación de datos y preceptos tantas veces inútiles, sino a cierta sabiduría de la carne. A una conexión con lo ancestral en nosotros. A un estado de conciencia superior al que da acceso el cuerpo. Sólo el cuerpo. Me refiero a una trascendencia física. A una región donde todo se licúa y forma parte de un estallido.

El cuerpo es libertad y la libertad conocimiento. He aprendido que las puertas que nos llevan a la paz con nosotros mismos, a la

satisfacción de saber que nuestra vida ha valido la pena, ha tenido sentido, pasan a través del grado de curiosidad y de coraje a la hora de enfrentar nuestros demonios (aunque yo prefiero catalogarlos de ángeles) sexuales. Las puertas de la libertad son puertas sexuales. Los caminos que nos aguardan más allá a veces son tortuosos, pero si tenemos el valor de no claudicar, de no regresar a la seguridad de lo ya alcanzado, de lo conocido, si nos atrevemos a seguir mirando nuestro propio rostro al final de la tormenta, encontraremos nuevas virtudes, nuevas libertades.

Nuevas dichas. Nuevas formas de generosidad, de bondad. Y descubriremos que la libertad usada es sosiego y sabiduría. Y fuerza.

En el fondo, todo en la vida tiene que ver con la cantidad de libertad que somos capaces de tolerar.

¿Qué es la libertad?

Esa pregunta ha venido intrigando y martirizando a los seres humanos desde el principio de los tiempos.

Quizás sea un camino sin final, un medio para enfrentarnos a nosotros mismos. Una manera de escuchar nuestra voz como si fuera la voz de otro.

¿Qué es la libertad?

No sé si existe una respuesta a esa tremenda pregunta.

Pero gracias a ella, yo he sido Diosa.

NOTA FINAL

A pedido de la señora Laura Valero pongo a disposición de los lectores de *Diosa* su dirección electrónica: lauravalero@ya.com. Su intención, eso me ha dicho, es responder con la mayor honestidad cualquier pregunta que deseen hacerle.

J.A.

RECOMENDACIÓN

En este libro se hace alusión a dos obras exquisitas: *Hagakure. El libro secreto de los samurais*, de Jocho (nacido Tsunetomo, Jocho es su nombre de bonzo) Yamamoto, y *Sendas de Oku*, de Matsuo Bashō.

El primero fue escrito entre 1710 y 1717 por un samurai devenido monje y está considerado uno de los textos más relevantes de la cultura japonesa. La palabra *Hagakure* significa «escondido tras el follaje», y al parecer remite a la cabaña en la que vivía retirado del mundo su autor, donde lo visitaba un discípulo que se encargó de recopilar las sentencias, reflexiones y pensamientos que forman el libro.

Sendas de Oku recoge las impresiones de un viaje realizado en 1689 por Matsuo Basho, uno de los más grandes poetas japoneses y un maestro del haikú. Su diario de viaje es una oportunidad maravillosa para acompañar al poeta en un itinerario que, más que describir un paisaje, nos da acceso a la música de su alma.

Dos libros imprescindibles que no deben dejar de leer.

